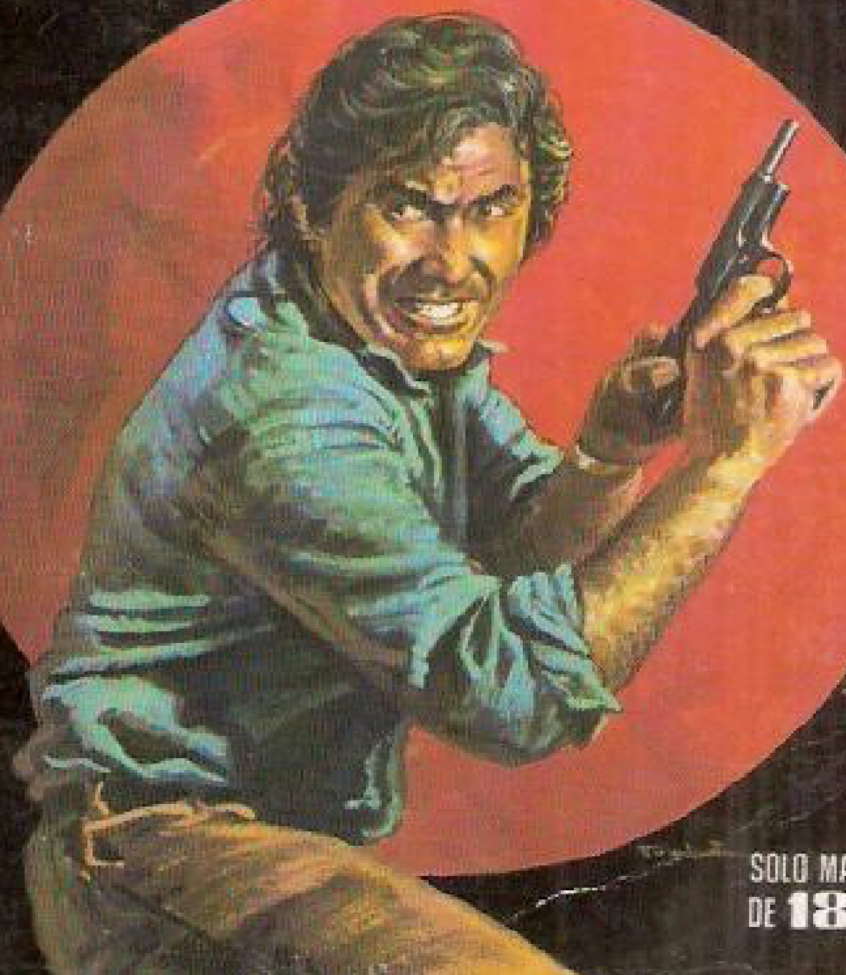




“AGENCIA DULCE MATRIMONIO”

Lou Carrigan



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

AGENCIA DULCE MATRIMONIO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

Se diga lo que se diga, el mundo gira en torno al sexo; o al menos, la vida. Y si no, allá tenía Trevor North la prueba, en brazos de la enfermera que le mostraba sonriente la niña recién nacida.

—Es preciosa, señor —dijo la enfermera.

Trevor desvió un instante la mirada de la niña para clavarla hoscamente en la enfermera. ¿Preciosa? ¿La niña era preciosa? ¡Hasta ahí se podía llegar! Trevor North tenía muy buena vista, y lo que veía no le parecía precioso, ni mucho menos: una carita diminuta, arrugada como la de una mona vieja; una cabecita pelona y todavía enrojecida; unos destellos extraños entre los hinchados párpados... ¿Preciosa? ¡Y un cuerno! Seguramente llegaría a serlo, porque su madre, Anne, sí que era una muchacha preciosa. Pero,

¡qué demonios, el bebé le pareció a Trevor un mico viejo y arrugado!

—Sí —dijo amablemente—, es preciosa.

—Se parece mucho a usted.

Trevor miró de nuevo a la enfermera, ahora pasmado. ¿Se parecía a él? Bueno, de ser cierto la pobre criatura estaba lista: iba a ser fea sin remedio.

—¿Usted cree? —inquirió, de pronto sonriente Trevor.

—Sí, sí... ¡Es su vivo retrato!

—Dios le conserve la vista, encanto. ¿Puedo ver a la madre ahora?

—Terminarán de arreglarla dentro de unos minutos. Le avisaré.

—Muy agradecido —Trevor sonrió ampliamente, y señaló al bebé—. Preciosa niña, ¿eh?

—Oh, sí, señor, sí... ¡Preciosa! ¡Enhorabuena!

—Es usted muy amable.

La enfermera se retiró con el bebé, y Trevor encendió otro cigarrillo... Se sentó en una de las butacas de la sala de espera, mirando de reojo a

dos hombres que fumaban más que él mientras esperaban que sus respectivas esposas diesen a luz. Estaban nerviosísimos. Y es que la gente se lo toma todo en serio, desde tener caspa a tener un hijo. ¡A todo le dan importancia! Al fin y al cabo, reproducirse es uno de los principales cometidos de la especie, por no decir el básico. ¿Qué otra cosa se hace realmente en la vida?

Naces, te reproduces, y mueres. ¡Gran cosa!

Otra enfermera apareció pocos minutos más tarde, portando otro mico viejo y arrugado, y llamando con voz suave:

—¿Señor Endicott?

Uno de los dos sujetos que fumaban pegó un brinco que casi llegó al techo.

—¡Yo, yo! —exclamó, pálido.

—Todo ha ido muy bien, señor Endicott; su esposa está perfectamente. ¡Es una niña preciosa!

El hombre parecía a punto de echarse a llorar, observado con curiosidad por Trevor North. ¡Vaya un memo, ponerse así de emocionado por una cosa tan normal y prevista como reproducirse! En fin, allá cada cual con sus emociones y sus tonterías. Él tenía otras preocupaciones. ¡Seguro que en aquel momento el teléfono de su oficina debía estar sonando, sonando, sonando...! Y a Anne se le ocurría dar a luz precisamente entonces, cuando más cargado de trabajo estaba. Muy bien, tendría que arreglárselas solo, claro... Bueno, así había empezado, de todos modos: solo. Podría prescindir de Anne durante unas semanas.

Sí, señor. El gran detective privado Trevor North tendría que arreglárselas solo para atender su oficina durante unos meses, quizá. ¡Vaya jugarreta le había hecho Anne!

Apareció la enfermera de antes, le hizo una seña a North, y éste la siguió. Segundos después estaba junto a la cama en la que yacía Anne.

El gesto de Trevor se dulcificó. A fin de cuentas, Anne estaba allí por amor, y esto no podía reprochárselo a nadie.

—Hola, Trevor —murmuró Anne.

—Hola, ¿qué tal? —sonrió North—... Estás preciosa, cariño. Y la niña también es una preciosidad.

—Hubiera sido mejor un niño.

—¡Desde luego que no! Ya hay por ahí demasiados tíos con bigote y cargados de mala leche. Lo que necesita el mundo son niñas; muchas, muchísimas niñas preciosas y dulces que le den a la vida mejor sabor que el que tiene ahora. ¿No estás de acuerdo?

Anne sonrió, mirando a Trevor de aquel modo alegre, luminoso; tenía unos ojos sensacionales. Y además, era pelirroja. Dicho sea todo de una vez: estaba como un portaviones, según decía siempre Trevor North.

Anne había tomado una mano del detective, y la apretaba suavemente.

—Gracias por todo, Trevor.

—Eso es una tontería. ¿De verdad estás bien?

—Estoy perfectamente. Como si no hubiera pasado nada.

—Caramba —Trevor movió la cabeza con gesto de admiración—, ¡si te oyera mi madre! Siempre decía que cuando yo llegué a este cochino mundo se las hice pasar moradas. Quizá se refería a lo feo que soy. Y

si soy feo ahora, ¡imagínate de recién nacido!

Anne rió quedamente. Era verdad, Trevor era feo. Pero, ¡qué feo tan atractivo! Bueno, por dentro. Había que conocer bien a Trevor North, eso era todo. Por lo demás, era alto; atlético, incluso se podía decir que era elegante... Pero de guapo, nada.

—Siento haberte hecho esto, Trevor. Te aseguro que en cuanto esté en condiciones volveré a la oficina.

—Tranquila. Ni tu vida ni la mía dependen de ello. Además, está el contestador automático, de modo que me las iré arreglando. Lo importante es que tú y la niña salgáis adelante con salud y felicidad. ¿Me ha salido bien?

—¡Muy bien! —volvió a reír Anne—. Ya sabemos que no son palabras lo que te falta.

—Pero será mejor que las deje para otra ocasión. Me marchó enseguida, Anne, con la tranquilidad de saber que estás bien. Voy a enviarte un ramo de flores así de grande, y un par de novelas policíacas.

—Gracias, Trevor. Pero no hagas nada más. ¿De acuerdo?

—Caramba, iré viniendo por aquí, y llamaré a menudo. ¿O es que no quieres verme?

Anne apretó de nuevo la mano del detective, que había retenido.

—Cuídate mucho —murmuró.

Trevor North se inclinó, besó suavemente a Anne en los labios, le guiñó un ojo, mostró en alto un pulgar, y, sin más, abandonó la habitación.

Media hora más tarde, estaba en su oficina. Trevor North, Detective Privado. Se decido a abrir la correspondencia tras haber puesto, en marcha el contestador automático. A lo mejor le había llamado alguien ofreciéndole un trabajo interesante...

* * *

Detuvo el coche frente a la hermosa casita en Seaside Avenue, en Perth Amboy, la localidad costera al Sur de Nueva York. Una hermosa, amplia y bien cuidada casa. Ah, el dios dólar...

Recorrió el sendero que conducía al porche, por entre césped y algunos abetos. Hacía frío. Ahora a su espalda, el mar se veía gris, el cielo de un color lechoso, igual le daba por nevar... Abrió la puerta de la casa una mujer de unos cuarenta años, que Trevor valoró inmediatamente como una sirvienta.

—¿Diga, señor?

—Soy Trevor North. La señora Ransom me está esperando.

A North le pareció ver un destello irónico en los ojos de la criada. No estuvo seguro. Sólo le pareció.

—Ah, sí, señor... Pase, por favor. ¿Me permite su abrigo?

Dejó el abrigo en manos de la mujer, que le condujo acto seguido al salón. Allí, sentada en un sillón, estaba la que debía ser, sin duda, la señora Ransom, y que se puso en pie, acudiendo a su encuentro. Una señora amable, sin duda.

—El señor North, señora —dijo la criada.

—Gracias, Esther; puede retirarse —la mujer tendió la mano, con gesto cordial—. ¿Cómo está usted, señor North?

—Bien, gracias. Espero que usted pueda decir lo mismo.

La señora Ransom vaciló. Luego, sonrió. Señaló hacia la zona donde estaba el sillón que había ocupado.

Había una mesita con servicio de café.

—¿Tomará un café, señor North?

—Sí, con mucho gusto, gracias.

A Trevor North le gustó la señora Ransom. Debía tener algo más de cincuenta años, era todavía atractiva, elegante. Quizá un tanto gruesa, eso sí. Sus senos eran en verdad voluminosos. Bueno, hay gustos para todo en la vida. La señora Ransom tenía el cutis muy blanco, se había pintado la boca de un rojo oscuro que a Trevor no le gustaba, y lucía unos encantadores ricitos, que no le parecieron demasiado apropiados para su edad. Pero le gustó.

—Francamente, señor North, no esperaba que acudiera usted tan pronto a mi llamada —dijo, tras sentarse

y alargar la mano hacia la cafetera.

—¿Por qué motivo? —se sorprendió North—. Vivo de mi trabajo,

señora, de modo que es natural que lo atienda.

—Sí, claro. Pero... no sé, cuando llamo a un sitio y me contesta uno de esos automáticos, tengo la impresión de que mi llamada no va a servir de nada.

—La llamé a usted en cuanto escuché su recado, y le dije que vendría a las tres —Trevor señaló un artístico reloj de pie sito en un lado del salón—: son las tres y dos minutos.

—Sí, sí. Es usted muy puntual... ¿Azúcar?

—No, no. Solo.

La señora Ransom ofreció la taza a Trevor, y acto seguido señaló el paquete de cigarrillos que había sobre la mesita, alzando las cejas con gesto interrogante. Trevor asintió, y encendió un cigarrillo. Se estaba muy bien allí. La calefacción era excelente, es decir, adecuada. No un horno, sino simplemente un ambiente cálido. La señora Ransom, tras titubear, encendió también un cigarrillo, y miró a Trevor como disculpándose.

—Estoy intentando dejar de fumar —dijo.

—Yo ya he desistido de esa proeza.

—Sí... No es nada fácil. ¡Un vicio tan estúpido!

—Sin duda lo es, señora.

La miraba ahora con curiosidad. Su experiencia le estaba diciendo claramente que la dama se resistía todavía a sincerarse con él. Lógico, considerando que él era un desconocido. Pero si quería contratarlo tendría que confiar en él, así de simple. Seguramente, la señora Ransom, que a su vez lo miraba atentamente, se estaba preguntando si podía hacerlo, si él era de confianza, el hombre apropiado para resolver sus problemas. Pero, ¿cómo podría saberlo tan sólo viendo su cara feota, su expresión inescrutable?

—Excelente café, señora Ransom.

—Lo prepara siempre Esther. Vivimos solas en la casa. Hace tiempo tenía más servicio, pero llegué a la conclusión de que no valía la pena. En realidad, dos empleados más aquí sólo ocasionaban más gastos y complicaciones. Me basta con Esther. Mmm... Señor North, le he llamado porque necesito alguien que haga unas... investigaciones

delicadas y discretas.

—Ese es mi trabajo —asintió North.

—Bueno, me... me interesé un poco por la profesión de usted, y su nombre fue uno de los favoritos. Me aseguraron que es uno de los mejores detectives privados de Nueva York.

—Así es —admitió con toda naturalidad North.

—Bien... Bueno...

—Señora Ransom, mi tiempo le pertenece, puesto que usted va a pagarlo. Pero lo básico de nuestras relaciones consiste en que confíe en mí. Se hable lo que se hable aquí, se decida lo que se decida, nadie más que usted y yo lo sabremos..., a menos, claro está, que usted lo traspase a otra persona, cosa que yo no haré jamás.

Vivien Ransom estuvo mirándole fijamente unos segundos. Luego, señaló el sobre que había sobre la mesita, con gesto por demás expresivo, de modo que North tomó el sobre, lo abrió, y sacó su contenido.

Eran varias fotografías. Dos de ellas, de la señora Ransom, muy sonriente, vestida de tiros largos y abrazada a un hombre que hizo encogerse de envidia el corazón del feo detective: un hombre alto, rubio, hermoso, atractivo como pocos, atlético; debía tener unos treinta años. Era un ejemplar formidable.

Parecía muy contento. La señora Ransom, abrazada a él, parecía la más feliz de las mujeres. Las otras fotografías eran del guapo sujeto. ¡Maldita sea, era asquerosamente guapo! ¡Cochina envidia...!

North alzó la mirada y miró interrogante a la señora Ransom.

—Es mi marido —musitó ella.

—Sí, lo había imaginado al ver estas dos fotos en las que están juntos.

—Él tiene treinta y un años, y yo cincuenta y tres.

—Muy bien.

Vivien Ransom sonrió con cierta timidez.

—Es usted un hombre muy discreto, ¿verdad?

—Sí. Y además, cada uno hace lo que quiere.

—¿Se casaría usted conmigo, señor North?

—No, porque no estoy enamorado de usted..., pero eso es algo que podría perfectamente suceder.

—Es usted muy amable. Sin embargo, creo... creo que Sidney no estaba... verdaderamente enamorado de mí cuando nos casamos. Espero que usted haya comprendido que soy rica.

—Por supuesto. De otro modo no tendría una casa como esta. Señora Ransom: ¿va a contratarme para que averigüe si su marido se casó con usted por su dinero, y no por amor?

—Bueno, me... me temo que eso ya lo sé. Sidney se ha marchado de casa.

—Lo siento de veras.

—Me gustaría... que usted lo encontrase.

—Me pondré en seguida a... Un momento... ¿Quiere decir que no tiene idea de dónde puede estar?

—No. Ninguna, Simplemente, él se fue... Una tarde, y ya no ha vuelto.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dentro de un par de horas hará tres días.

—¿Y no la ha llamado? ¿No ha enviado un telegrama, cualquier recado, no ha enviado a nadie a recoger algunas cosas?

—Bueno, se llevó una maleta con algunas cosas, eso es todo. No, no ha llamado, ni ha enviado ninguna clase de recado.

—¿Se pelearon ustedes, quizá?

—Tuvimos una pequeña discusión. Nada importante. Era la primera vez que discutíamos. Hacía sólo dos semanas que nos habíamos

casado.

—¿Su marido sólo se llevó cosas de su propiedad?

—Sí, sí.

—Quiero decir que quizá se llevó algo de valor, como joyas, dinero...

—¡No, por Dios! No, no.

—Entonces, a mi entender, eso excluye la posibilidad de que sea uno de esos guapos muchachos sinvergüenzas que mienten amor a personas sensibles y se aprovechan de ellas. ¿Seguro que no se llevó nada, señora Ransom? Sería absurdo que me mintiese usted.

—Le aseguro que no se llevó nada. Incluso, algunas cosas que yo le había regalado, las dejó en el armario.

—¿Seguro que la discusión no fue... importante?

—Fue una tontería mía, unos celos estúpidos, por culpa de una amiga mía, más joven y bonita que yo.

Pero no creo que eso sea motivo para marcharse de casa, ¿verdad?

—Yo tampoco lo creo. Es decir, puede uno enojarse un poco, sobre todo si no ha dado auténticos motivos para esos celos, pero tres días de ausencia y silencio me parecen demasiados. Espero que... su marido no haya tenido un accidente. ¿Ha avisado usted a la policía?

—No... No, no.

—¿Por qué no? Si su marido ha sido víctima de un accidente, ello constará en los atestados de la policía.

—Es que... no quisiera dar a esto... mucha importancia. La verdad es que me... me humillaría mucho que todos se enterasen de que estoy buscando a mi marido.

Trevor North recordó de pronto el destello irónico en los ojos de la

sirvienta de Vivien Randsom.

—Sí, lo comprendo, señora.

—Es que... les mentí a todos, ¿comprende? A mis amigos... A todos. Les dije qué había conocido a Sidney en Atlantic City, donde estuve pasando unos días el verano pasado, y que desde entonces nos habíamos estado telefoneando y viendo con alguna frecuencia, hasta que decidimos... decidimos casarnos.

—Pero no fue así como le conoció usted.

—No. Fue... fue por medio de una agencia.

—¿Una qué?

—Una agencia... matrimonial.

—Ah.

—¿Le parece a usted mal?

—¿A mí? Señora Randsom, yo no soy quién para decidir si lo que hacen los demás está bien o está mal, en sus cosas privadas. Si usted hubiese degollado a un niño, me permitiría decirle que eso estaba mal; pero que decidiera recurrir a una agencia matrimonial es exclusivamente cuenta suya.

—Hace bastantes años que enviudé, señor North. Yo ya tenía dinero propio, pero mi marido me dejó realmente bien situada. Mis amigos lo sabían, y en ocasiones, me presentaban hombres... muy correctos y atractivos, muy simpáticos y atentos, Yo me sentía sola, y casi estuve a punto de caer con uno de ellos, pero quise comprobar si era igual que los demás, lo puse a prueba... En realidad, señor North, todos esos

hombres que me conocían venían por mi dinero, y esto no me parecía... muy satisfactorio. Bueno, sin duda lo habría sido en el aspecto sexual, pero para eso no necesitaba casarme. El sexo puedo tenerlo cuando quiera, y yo no buscaba sólo eso, sino alguien que sintiese cuando menos afecto sincero por mí, que me acompañase... No sé si me entiende.

—Claro que sí. Todos deseamos afecto, señora Ransom. Pero, ¿realmente creyó que podría encontrarlo en una agencia de esas?

—¿Por qué no? En esas agencias también se inscriben hombres que buscan afecto y compañía. Los que me conocían directamente sabían que yo tengo dinero, y siempre acudían a su olor. Pensé que una agencia podía eliminar ese problema si yo me inscribía en ella dando todos mis datos... menos el de mi dinero.

—Y apareció el señor Ransom.

—Sí. Una tarde, me llamaron de la agencia y me dijeron que tenían algo que quizá me interesase, un hombre que se había inscrito precisamente hacía pocos días... Al parecer, la... la computadora había considerado que Sidney Ransom y yo podíamos congeniar, pese a la diferencia de edad. Luego supe que Sidney estaba un poco harto de chicas bonitas y vacías que se sentían atraídas por él sólo por su belleza, y que buscaba alguien... con más trasfondo humano, así que lo de la edad no le importaba demasiado.

Bueno, quiero decir que a fin de cuentas no soy una anciana, y que... tampoco soy un adefesio.

—Desde luego que no —sonrió North.

—Es usted muy amable. Bueno, me llamaron de la agencia, fui allá, me mostraron la ficha de Sidney... Me asusté cuando le vi tan joven y atractivo. Me dijeron que antes de avisarle a él habían preferido informarme a mí; era yo quien debía decidir. Me... me dieron su número de teléfono, y yo lo llamé, por fin, dos días más tarde, después de mucho vacilar. Quería oír su voz. Y me pareció tan agradable...

—¿Adonde lo llamó usted?

—Oh, a un apartamento, donde vivía solo... No, no ha vuelto allí, si es eso lo que está pensando. Lo dejó cuando nos casamos. Y además, ya... ya he llamado yo allí. Ahora; hay... hay otro hombre que... que no conozco. Bueno, claro, han vuelto a alquilar el apartamento, naturalmente.

—Naturalmente —asintió North—. Pero estoy pensando que quizá en la agencia matrimonial, sí sabrían decirnos algo sobre el paradero de su marido. ¿No ha llamado usted allá?

—No... No me he atrevido. ¿Cree usted que allá...?

—La verdad es que no me parece demasiado factible, pero es la única pista que tenemos, además del apartamento. En cuánto a éste no creo que valga la pena molestarse, ya que cuando su marido se marchó de allí, si dejó alguna dirección sería la de esta casa, supongo. Aunque quizá si tenía allá algún amigo podría decirnos de dónde llegó, o quizá dónde vive su familia...

—No, no. No tiene familia, no tiene a nadie... más que a mí.

—Me pregunto si quizá era usted... poco generosa con él, señora Ransom.

—¿Quiere decir si le negaba algo?

—Bueno, más o menos.

—No, no le negaba nada. Me sentía muy feliz con él... en todos los aspectos. No le negaba nada.

—¿En qué trabaja su marido y dónde?

—Bueno, era viajante, pero lo dejó cuando nos casamos. Precisamente, estábamos buscando algo que

fuese adecuado para él. Pero no viajante, desde luego. Yo... yo no quería estar separada de él días y días.

—Lo comprendo. ¿Qué empresa representaba?

—Algo de maquinaria, pero no lo sé. No llegué a interesarme del todo por eso, y él nunca me lo dijo.

Decía que no valía la pena hablar de ello, porque precisamente estaba harto de tanto viajar, y que por eso había pensado en casarse, en formar un hogar y buscar un empleo adecuado aquí, en Nueva York, quiero decir. Como tengo un apartamento allá, podríamos estar siempre juntos, de todos modos.

—Hasta me parece tonto preguntarle si ha llamado a ese apartamento de usted en Nueva York.

—Sí, claro que he llamado. No está allí. El teléfono no contesta.

—Puede que esté allí y no quiera contestar.

—No... Sé que no está allí, porque llamé al portero y le pregunté... No ha ido por allí. Al único sitio que no he llamado ha sido a la agencia. Por lo demás, no se me ocurre adonde más llamar. ¡Y estoy tan preocupada... y triste!

—¿No se le ha ocurrido pensar que él puede volver en cualquier momento?

—No quiero que vuelva «en cualquier momento»... ¡Oh, Dios mío, quiero que vuelva cuanto antes!

¡Quiero que usted lo encuentre en seguida, señor North!

—De acuerdo. Usted paga, señora. Supongamos que lo encuentro esta misma tarde, quizá en su apartamento de Nueva York, o en el antiguo visitando a unos amigos, o en la agencia matrimonial..., en fin, supongamos que lo encuentro: ¿qué más desea usted que yo haga? ¿Decirle que usted le está esperando, avisarle a usted dónde está él...?

—No es un trabajo digno de un detective de su categoría, ¿verdad? —murmuró Vivien.

—No, no lo es. Y si tuviese empleados, lo encargaría a uno de ellos, pero no dispongo de hombres contratados..., precisamente, para no tener, necesidad de aceptar casos como éste.

—Bueno, si usted no quiere aceptar el...

—Lo haré por esta vez. No deja de ser una investigación. Necesitaré algunos datos más... Por cierto: ¿cuál es el nombre de esa agencia matrimonial, y dónde está?

—Su nombre es Sweet Marriage Agency, y está en la Octava Avenida, cerca de Times Square..., precisamente enfrente de la terminal de autobuses.

—Ah, sí, ya sé...

Trevor North sacó su libreta de notas, apuntó esto, y varias cosas más que fue preguntando a Vivien Ransom, como direcciones, teléfonos, y cuanto creyó de interés para salir de allí con datos suficientes para resolver pronto el vulgar asunto. Cuando terminó, guardó su libreta, y sonrió lo más amablemente que pudo.

—Me pondré a trabajar en esto hoy mismo.

—Gracias, señor North. Supongo que debo pagarle algún anticipo...

—Sí, en efecto. Déme mil dólares, y cuando termine ajustaremos el importe total de mi...

—Le había preparado un cheque por dos mil dólares.

Trevor North parpadeó, lentamente, pero sin apartar sus oscuras pupilas de los claros ojos de la mujer.

—No creo que lleguemos a gastar tanto dinero, francamente, señora Ransom.

—Ya me devolverá usted el que sobre —dijo ella, tendiéndole el cheque.

—Por supuesto.

Dos minutos más tarde, Trevor North se metía en su coche y emprendía el regreso a Nueva York. Por supuesto, lo primero que pensaba hacer era recurrir a sus amiguetes de la policía, interesándose por un posible accidentado llamado Sidney Ransom. Estaba convencido de que encontraría a éste muy fácilmente, y que la señora Ransom podía haberse ahorrado por lo menos mil dólares. Ciertamente, la dama era generosa. Y si lo era con él, ¿cómo no habría de serlo con su atractivo marido? ¿Y cómo admitir que un tipo guapo, que por supuesto se había casado por el dinero de ella, se largase de casa sólo por una tontería de celos? Bueno, esto podía ser un truquito de niño guapo, para hacerse el ofendido y todo eso, y dar más verosimilitud a su «gran amor» por la jamona señora, pero tres días de truquito eran demasiados.

Ya debía haber vuelto a los brazos de su esposa, para recibir los reproches y el júbilo de ésta... Un tío listo, qué demonios. Pero hasta los listos tienen accidentes.

Seguro que Sidney Ransom había tenido un accidente.

Seguro.

CAPÍTULO II

Pues no.

No señor, Sidney Ransom no había sufrido ningún accidente, al menos de los que estaban registrados por la policía. Tampoco estaba en el apartamento que su esposa tenía en Nueva York, y al cual fue personalmente Trevor North. Ni estaba en su antiguo apartamento, ni nadie sabía nada de él allí, salvo, claro está, el portero, que le dijo que el señor Ransom había dejado el apartamento hacía tres semanas o algo más, y que ni había dejado dirección alguna ni lo había vuelto a ver.

A las nueve de la mañana siguiente, Trevor North volvió a llamar a la policía. ¿Algo sobre un tal Sidney Ransom? No, señor, nada sobre el señor Sidney Ransom.

Bueno, ya que estaba pegado al teléfono, se interesaría por otro sujeto al que también estaba buscando hacía semanas, utilizando los desinteresados servicios de algunos de sus colegas y amigos, a los que en otras ocasiones había ayudado él. Pero no, tampoco sabía nada ninguno de sus amigos sobre el tal Jerry Merk. Que sí, hombre, que en cuanto sepamos algo de él te llamamos, no faltaba más...

Hacia las diez de la mañana, Trevor North estaba bastante mosqueado, por decir finamente. Claro que buscar a alguien en Nueva York no es precisamente una tarea fácil... ¿Y la agencia matrimonial? ¿Podría conseguir allí alguna dirección de Sidney Ransom? Salió a la calle, compró unas cuantas novelas policíacas, que a Anne le encantaban, y luego entró en una floristería, donde encargó que enviasen a Anne un sensacional ramo de flores y el paquete con las novelas. Pensando que a la tarde iría a visitarla, optó por dirigirse, ya sin más dilaciones, a la agencia matrimonial llamada Dulce Matrimonio... ¡Los hay expertos en encontrar nombres cursis, desde luego!

La Sweet Marriage estaba, en efecto, frente a la Bus Terminal, lo que le pareció a Trevor North una idea muy comercial. Con seguridad, muchas de las personas que llegaban en bus a Nueva York debían ver, antes que cualquier otra cosa, el gran letrero de la agencia, al otro lado de la avenida. Muchos debían sentirse muy solos en la gigantesca ciudad, y, ¿por qué no?, quizá recordasen en determinado momento el nombre de la agencia, y recurriesen a ella... Bueno, allá cada cual con su vida.

Lo primero que constató North al entrar en el vestíbulo de la Sweet Marriage, en el primer piso del

edificio, fue la clase, así que ya no se sintió tan sorprendido de que una mujer de las posibilidades de Vivien Ransom, de soltera Skendom, hubiese aceptado los servicios de tal agencia; con seguridad, primero le habría echado un vistazo, y habría quedado satisfecha. Todo era encantador allí..., empezando por la muchacha que atendía a las visitas, sentada tras su mesa en un despachito, también encantador, y al que se llegaba por un pasillo al que daban las puertas de varias salitas de espera. Nada de hacer esperar a los clientes todos juntos, mirándose unos a otros: cada cliente era conducido a una salita comodísima, donde había revistas, y, por supuesto, ambiente musical. La ayudante de la muchacha del despacho era también un bombón; una recepcionista perfecta, simpática, correctísima, cordial y discreta a la vez.

Pero la del despachito era lo que suele llamarse de película. Rubia, elegante, de grandes ojos azules, sonrisa de ensueño, cálida expresión; sus senos eran preciosos..., o al menos, lo parecían, por la forma que mostraban bajo el jersey azul Estaba tremenda, en suma.

—Soy Adele Newberry —acudió la preciosa criatura al encuentro de Trevor; tendiendo la mano—. Sea bien venido, señor...

—North. Trevor North. Es usted muy amable, señorita Newberry.

—Todo en la Sweet Marriage es amable —sonrió la preciosa rubia—. Puede estar seguro de que quedará satisfecho de nuestros servicios, señor North. Por favor, siéntese.

North se sentó. La muchacha lo hizo tras su mesa, y empujó hacia él un cuestionario.

—Como comprobará por las exigencias de nuestro cuestionario, señor North, nos preocupamos muchísimo, yo diría que hasta el límite, de que nuestros clientes nunca queden defraudados. Algunas personas encuentran el cuestionario un tanto pesado de rellenar, pero le garantizo que los resultados valen la pena. ¿No quiere usted, antes que nada, echar una mirada al cuestionario?

El detective privado sonrió.

—Bueno, realmente, yo...

—¿Prefiere usted que yo se lo lea?

—Le aseguro que se leer —amplió su sonrisa de feote Trevor North.

—Ah, mucho mejor. Aunque el analfabetismo, por fortuna, es escasísimo, también está previsto. Todo, del primero al último detalle, está previsto. Hace muchos años que la Sweet Marriage funciona a satisfacción de muchísimas personas, tenemos una gran experiencia.

North empezó a encontrar divertida la situación. Bueno, ¿por qué privar a la señorita Newberry de mostrar sus dotes de convicción, su eficacia, su afán de servicio? Y además, ¿por qué privarse él mismo de estar unos minutos contemplando tan preciosa carita, tan sugestiva boquita, tan hermosísimos senos?

—¿Realmente cree usted que podrían encontrar... la persona adecuada para mí, señorita Newberry?

—¡Por supuesto que sí! Bueno, siempre y cuando sus exigencias no sean desorbitadas, se entiende.

—¿Qué sería una exigencia desorbitada, por ejemplo?

—Bueno —rió, por supuesto encantadoramente la muchacha—, una exigencia desorbitada sería, por ejemplo, que usted viniera a pedirnos que le pusiéramos en contacto con... Barbara Streissand, o alguien parecido, o que nos pidiera una princesa europea... ¿Me comprende?

—Sí, sí.

—Tenga en cuenta, señor North, que las personas que vienen aquí son, generalmente, como usted, 1

digamos... tímidas o con pocas facilidades de relación. Y por supuesto, muy selectivas, claro está. El hecho de recurrir a nuestro catálogo así lo indica.

—Aaaah... ¡Claro, claro! ¿Podría ver su catálogo?

—De momento, no. Nosotros le presentamos el cuestionario, usted lo rellena, y entonces pasamos todos sus datos a la computadora. La computadora busca una persona compatible con sus deseos, y cuando la localiza, informa sobre ella. Ya tenemos, pues, dos personas que, al parecer, han encontrado lo que buscan en otra persona. Acto seguido, avisamos a la dama, la informamos de que disponemos de alguien que puede merecer su interés, y la consultamos respecto a si desea efectuar el contacto. Si acepta, le damos el número de teléfono de la otra persona, y esperamos.

—Parece muy sencillo.

—Dicho así, desde luego —rió la señorita Newberry—, pero le aseguro que el proceso es muy cuidadoso.

Pero rápido, eso sí, gracias a la computadora.

—Me está convenciendo usted, señorita Newberry.

—De eso se trata —rió una vez la rubia preciosa—. Podemos empezar cuando guste...

—¿Puedo pedir lo que quiera? ¿Mi sueño de mujer?

—Tenga la certeza de qué Sweet Marriage dispone de una linda señorita para usted, señor North. Ya verá...

—No, no, no —rechazó Trevor—. Nada de linda señorita.

—¿Perdón? —se pasmó Adele Newberry.

—Estoy hasta el gorro de lindas señoritas, de veras. No quiero una linda señorita.

—Bueno... Francamente... ¿Quiere una fea, quizá?

—Me importa un pito que sea fea.

—Vaya... ¡Esto no es muy corriente, señor North!

—Mire usted, señorita Newberry, si quisiera una linda señorita no habría venido aquí. La calle está llena de lindas señoritas, y yo no soy tímido, se lo aseguro. Siempre que quiero encuentro una linda señorita..., con la que me aburro como un muerto. Bueno, hay algunos momentos... divertidos, claro, pero eso dura poco. Luego, me encuentro con una nena de cabeza vacía, que sólo habla de tonterías, y que está convencida de que sus pechos es lo más importante del

mundo.

—Caramba, señor North...

—Nada, nada. Lo que le digo. Así que, puestos a elegir, quiero una chica con cabeza. ¡Y no me venga con el chistecito de que todas tienen cabeza!

—No, no. Ya... ya le entiendo, ya: usted quiere una chica inteligente. —¡Exacto! —¿Inteligente y fea, señor North?

—Mujer, tampoco es para tanto. Si además de inteligente es bonita, tanto mejor. Y alta... Que sea muy alta, aunque menos que yo. Vamos a ver, yo mido metro ochenta y tres... pongamos un metro setenta y cinco. Que no sea gorda, ¿eh? Lo que no significa que pretenda casarme con un espárrago, ¿comprende?

Esbelta, pero llenita. Sobre todo de caderas. Me gustan las caderas que tengan forma de caderas, o sea, que no pueda ponerse unos pantalones tejados de ésos. Y buen pecho, naturalmente. Nada del otro 1

mundo, pero acogedor, mullido, amable. Me gustaría que tuviese la piel muy blanca, pero que le gustase tomar el sol, de modo que siempre estuviese un poco morenita. De cuello largo y esbelto, en el que se vea palpar la risa... ¡Eso es muy importante, la risa! A ser posible, de ojos azules, pero no tan claros como los de usted, sino de un azul más intenso, como tirando a negro. Y hermosa boca llena y fresca. ¡Ah, las manos...! Me importa un pito que la chica sea fea, pero las manos tienen que ser bonitas, muy bonitas, con uñas bastante largas, y pintadas de rosa pálido. No importa que sea fea, pero las manos han de ser preciosas, preciosas, preciosas... Por supuesto, que no tenga los pies demasiado grandes. Y la dentadura, sana, naturalmente. Otra cosa que tampoco me importa es que esté o no esté virgen, aunque rechazo desde ahora mismo una profesional de lo que llaman amor. Si no es virgen, que haya dejado de serlo por amor, porque todos tenemos derecho a enamorarnos, y cada cual ha hecho lo que ha podido para disfrutar del verdadero amor. Así que no importa que sea virgen: yo tampoco lo soy. De modo que ya sabe... No me importa que sea fea, ¿comprende? Pero sí lo demás que he mencionado. Inteligente, siempre inteligente.

Con sentido del humor, que sepa escuchar y contar un chiste. Que le guste mucho la música, la buena música, se entiende, o sea Chopin y compañía. Y los buenos libros, claro. Que sepa interpretar un poema, entender una novela de personajes complicados, y asimilar un libro de divulgación científica. Que sepa nadar, cocinar un poco, jugar al tenis, y, cosa muy sencilla, que le guste salir a correr por el campo, o sea, hacer un poco de jogging, aunque haya nevado. Y si fuese posible que sus cabellos fuesen negros... Por lo demás, no importa que sea fea, de veras. ¡No me importaría en absoluto! Ah, y otra cosa: ¡nada de celos!

Me revienta la gente celosa, señorita Newberry. O sea, que nada de celos. Bueno, más o menos esto es lo que quiero... ¿Es posible?

Adele Newberry, que había quedado con la boca abierta en grandioso gesto de estupefacción a medida que Trevor iba hablando, la cerró de golpe, parpadeó repetidamente, y suspiró.

—Ha desbordado usted nuestro cuestionario, señor North. Pero no importa: efectuaremos los añadidos necesarios.

—Estupendo. No importa que sea fea, ¿eh?

—Sí, sí, le he entendido. ¿Sería tan amable de comenzar a rellenar el cuestionario mientras yo... realizo una gestión en otro despacho?

Adele Newberry se puso en pie. Trevor la imitó, pensando que como broma ya estaba bien.

—Bueno, señorita Newberry, en realidad...

—Por favor —señaló ella el cuestionario—. Vuelvo en unos minutos.

—Pero es que realmente yo sólo quería...

La señorita Newberry se dirigía ya hacia la puerta del fondo de su despacho, por la que desapareció.

Trevor North quedó solo, un tanto irritado consigo mismo. Bueno, allá tenía la prueba: muy bonita, pero no tenía sentido del humor, no había sabido captar la broma, se lo había tomado todo en serio.

Trevor se sentó. Miró el cuestionario. Bueno, en algo tenía que pasar el tiempo. Además, todo lo que había dicho era verdad. Sonrió de pronto, y comenzó a llenar el cuestionario. Nombre, edad, lugar de nacimiento, estado, profesión...

La señorita Newberry reapareció cuando ya había terminado de rellenar el cuestionario y estaba fumando un cigarrillo.

—¿Ya ha terminado? Muy bien, señor North. He estado en Coordinación, y bastante enfadada —mostró unos papeles—: acabamos de crear una serie de cuestiones que a partir de ahora serán incluidas en nuestro cuestionario, gracias a usted. Yo misma rellenaré estos nuevos documentos, no se preocupe. ¿Lo demás lo ha terminado, tenemos su dirección, teléfono, todo eso?

1

—Sí, sí. Mire, señorita Newberry, realmente, lo que yo quería era pedirle a usted un favor.

—No faltaba más. Dígame usted.

—¿Podría decirme dónde localizar a mi amigo Sidney Ransom? Sé que él también...

—Señor North, no podemos facilitar ninguna dirección de ninguno de nuestros clientes, salvo que éste nos autorice.

—Sí, pero ocurre...

—Si lo desea, podemos intentar localizar al señor Ransom, y decirle que usted le busca. Sólo eso. Por más que insista usted no podemos hacer otra cosa, lo siento. Eso, en el supuesto de que el señor Ransom conste en nuestro archivo.

—Sí que consta. Lo sé seguro, porque...

—En ese caso, intentaremos ponernos en contacto con él.

Trevor North era detective privado, astuto, persuasivo, capaz de sobornar a una estatua si era necesario..., pero su inteligencia le hizo comprender que esto era todo lo que, de momento, iba a conseguir de la señorita Newberry.

Se puso en pie.

—De acuerdo. Si localizan al señor Ransom, ya sabe dónde llamarme

—señaló el cuestionario.

—Muy bien. Son quinientos dólares, señor North.

—¿Qué?

—El importe inicial de nuestros servicios: quinientos dólares.

North estuvo a punto de enviar al cuerno a la bella señorita Newberry, pero, de pronto, sonrió. La señora Ransom le había metido en el lío, ¿no? ¡Pues que pagase la señora Ransom! Sacó un rollo de billetes, separó quinientos dólares, y los dejó sobre la mesa. Quinientos «pavos» a la cuenta de la señora Ransom.

—Le haré un recibo —sonrió Adele Newberry—. Y enseguida pasaremos a hacerle las fotografías, a menos que traiga usted algunas actuales.

—Señorita Newberry: ¿se ha fijado usted bien en mí? —farfulló Trevor.

—Naturalmente.

—¿Y usted cree que con esta cara es conveniente que yo me haga unas fotografías? ¡Si tal cosa hiciéramos, estaríamos perdiendo el tiempo! En cuanto la chica elegida por la computadora para mí viese mi fotografía, ¡adiós ligue! ¿Por qué no lo dejamos sólo en la exposición de mis otras muchas cualidades?

Al fin y al cabo, la belleza no lo es todo en la vida, ¿verdad?

—Bueno... No, pero...

—Me alegra comprobar que estamos de acuerdo. Gracias por atenderme, señorita Newberry. Y por favor, no deje de pensar en lo de mi amigo Sidney Ransom: sé seguro que consta en sus archivos. ¿Lo hará?

—Lo intentaré, se lo aseguro.

—Gracias de nuevo —Trevor sonrió, y guiñó un ojo—. Oiga, usted sí que tendría que hacerse unos cuantos millones de fotografías, para repartirlas por ahí: el mundo está necesitado de cosas bonitas. Y otra 1

cosa: si le interesa mi cuestionario, no hace falta que moleste a la computadora, puede llamarme directamente a mi teléfono privado.

Adele Newberry soltó una cristalina carcajada.

Cuando Trevor North salió de la Sweet Marriage Agency iba pensando que había perdido el tiempo. Pero al menos, había pasado un rato divertido. La que seguramente no se divertiría sería la señora Ransom, cuando le dijese que se había gastado quinientos dólares extra en la investigación.

Estaba a punto de entrar en el estacionamiento donde había dejado su coche, cuando recordó un detalle.

El último detalle que implicaba ciertas posibilidades de localizar a Sidney Ransom: ¿y si los celos de la señora Ransom respecto a su marido y a aquella amiga suya más joven que ella habían sido fundados..., y ahora el señor Ransom estaba con aquella amiga? La cosa le pareció un poco delirante, pero..., ¿qué otra cosa tenía?

Llamó a la señora Ransom a su casa de Perth Amboy, la puso al corriente de sus hasta el momento infructuosas investigaciones, y finalmente, como quien no da ninguna importancia, le preguntó por la dirección de la dama amiga suya, más joven y tal. Obtuvo el nombre y la dirección: Margaret Drawson, 668, Main Boulevard, Perth Amboy. Es decir, que era vecina de la señora Ransom.

North salió suspirando de la cabina, y fue en busca de su coche.

CAPÍTULO III

En realidad, Main Boulevard era una prolongación de Seaside Avenue hacia la zona residencial de Perth Amboy. Había allí menos tráfico, menos gente, menos ruido. Las casas eran magníficas, de donde se desprendía que la señora Margaret Drawson andaba por los mismos senderos de opulencia económica de la señora Ransom. Pues muy bien: de cuando en cuando es estimulante tener clientes a los que no les viene de quinientos dólares:

El cielo seguía amenazando nieve cuando el detective privado detuvo su coche frente al 668 de Main Boulevard. Se quedó mirando la casa, mientras encendía pensativamente un cigarrillo. A Trevor North le habría gustado estar en cualquier montaña, cerca de un lago, contemplando éste desde una ventana de una cabaña en la que ardiese

un buen fuego y sonase una música celestial. ¿Brahms, quizá? Y por supuesto, con una chica. Una chica encantadora, naturalmente, que supiese reír y que le mirase con ojos relampagueantes... Trevor no era de los que se engañaban a sí mismos: lo que estaba necesitando era un buen ligue a toda máquina.

Parpadeó. El cigarrillo; se estaba consumiendo entre sus dedos. Lo metió en el cenicero, cerró éste, y se apeó del coche. Segundos más tarde estaba llamando a la puerta de la señora Dawson..., que estaba casada, desde luego. Bueno, estaba casada los fines de semana: el resto del tiempo, su marido se lo pasaba dándoselas de importante en Washington. Cinco días a la semana era demasiada soledad para una mujer.

Demasiada soledad.

Le abrió la puerta la señora Dawson en persona, Trevor lo comprendió en seguida. Era de buena estatura, cabellos color miel, ojos más o menos del mismo color, grandes, hermosos. Buen cuerpo, sin la menor duda. Y sólo había que ver su gesto y su ropa para comprender que allí, era la dueña.

—¿Sí? —inquirió ella.

—Buenos días, señora. Me llamo Trevor North... ¿Podría ver la casa?

Margaret Dawson no comprendió. Era lógico.

—¿Ver la casa? ¿Mi casa?

1

—Naturalmente, señora. Espero que comprenda que desee hacerlo antes de comprarla.

—Ah —la señora Dawson sonrió—. No, no, se equivoca usted, mi casa no está en venta.

—¿Cómo que no?

—No, no señor, no está en venta.

—Bien... Pues lo siento. Bueno, perdone usted mi insistencia, señora, pero mi secretaria me dio esta dirección. Será mejor que lo compruebe, permítame —Trevor sacó su libreta de notas, pasó unas hojas, y se quedó mirando una de las páginas en blanco—. Sí, ésta es la dirección que tengo anotada.

—Es evidente que su secretaria se equivocó, señor North.

—Eso es más que posible. Últimamente está un poco como en las nubes. Se ha enamorado, ¿sabe?

¡Aunque no de mí, ciertamente! Lo cual sí resultaría verdaderamente chocante. ¿No está su marido, señora?

Margaret Dawson, que había empezado a sonreír, frunció de pronto el ceño.

—¿Mi marido? No, no está. ¿Por qué?

—Bueno, se me ha ocurrido que quizá él fue quien puso la casa en venta sin que usted supiera...

—Eso es imposible. En primer lugar, si mi marido hubiese pensado vender la casa, me lo habría dicho. Y

en segundo lugar, jamás hemos hablado de ello, estamos muy bien aquí. ¿Desea usted algo más?

—Sí señora. Con gusto tomaría un café, pero no quiero abusar de su amabilidad, en ese sentido. Sin embargo..., ¿me permitiría usted telefonear a Nueva York? Por supuesto, abonaré la llamada. Bueno

—sonrió—, estoy seguro de que una dama tan amable como usted va a permitir a este pobre hombre muerto de frío hacer esa llamada. ¡Le aseguro que no es un truco para entrar en su casa y robarle, o...!

—Pase usted —rió Margaret—. Hay una cabina no muy lejos de aquí, pero verdaderamente, hace frío ahí fuera.

—Es usted muy amable, señora. Y comprendo que no quiera vender la casa —estaba mirando a todos lados mientras hablaba; miró a la señora Dawson cuando ésta hubo cerrado la puerta—: ¡es magnífica!

—Gracias. El teléfono está en el salón.

North asintió, y siguió a la señora Dawson. Era un caradura, y lo sabía, pero no estaba haciendo mal a nadie. Por el contrario, se estaba

dando cuenta de que la mujer empezaba a encontrar divertida y entretenida la situación.

Segundos más tarde, Trevor North llamaba, efectivamente, a su secretaria. ¡Caramba, era de esperar que no estuviese dando de mamar a la niña...!

—¿...?

—Anne, hola, soy Trevor. ¿Cómo estás, cariño?

—¡...!

—No sabes cuantísimo me alegro —Trevor seguía mirando a todos lados, en busca de algún indicio que delatase la presencia reciente de algún hombre allí, quizá dos vasos, dos cigarrillos humeantes, señales de cualquier cosa, pero nada. ¿Todo bien por ahí?

1

—Estupendo, de veras. Oye, adivina dónde estoy.

—¿...?

—¿No lo adivinas? Pues voy a darte una pista, un caballero llama a nuestra agencia, dice que quiere vender su casa, tú tomas nota, me pasas el aviso, yo tomo el coche, salgo de Nueva York, y me presento en la casa en cuestión. ¿Qué te parece?

Miraba a la señora Dawson mientras hablaba; la señora Dawson sonreía ante el pintoresquismo expresivo de su visitante.

—¡...!

—¡Claro que he ido a comprar la casa cuya dirección me facilitaste! —estalló Trevor—. ¿A qué te crees que me dedico mientras tú sueñas con tu gorila? ¿De dónde crees que saco el dinero para pagarte el sueldo que te ganas pintándote las uñas en el despacho?

—...

—De acuerdo, no me enfado. Vamos a ver, tengo aquí una dirección

que dice: 668, Main Boulevard, Perth Amboy... ¿Qué?

—¡...!

—¿Que no es Perth Amboy?

—...

—Tú me dijiste Perth Amboy!

—...

—Escúchame bien, cabeza de chorlito, tú me dijiste... Mira, vamos a dejarlo, porque nos veremos esta tarde, y te vas a enterar de cuál es mi verdadero genio... ¿Qué?

—¡...!

—¿Yo un cascarrabias? ¡Escucha, cabeza de...! ¡Luego nos veremos! ¡No te vayas de ahí hasta que yo llegue! ¡Es una orden! ¡Aunque llegue a las dos de la madrugada!

Colgó el teléfono con gesto iracundo. Luego, miró a la señora Dawson, que hacía esfuerzos por no reír.

—Ha podido usted romperme el teléfono-dijo la mujer.

—Lo siento. Perdone mi brusquedad, señora... ¿Seguro que no quiere vender la casa?

—Seguro.

—¡Qué le vamos a hacer...! Bueno, tal como hemos convenido le abonaré la...

—No hemos convenido nada. Déjelo, señor North, no tiene ninguna importancia.

—De verdad es usted amable, señora... señora... Vamos a ver — consultó de nuevo una página en blanco de su libreta de notas—. Aquí está, señora Finnegan.

—No —rió ella—. Realmente, se ha equivocado usted, señor North. O su secretaria, claro.

—Me siento como un tonto completo. Algo así como un marciano que sale con su nave rumbo a la Tierra 1

y aterrizas, o mejor dicho, alunizas en la Luna. Bien, espero no haber causado alguna molestia irreparable...

¿Está usted sola en la casa?

Fue una pregunta directísima, inesperada, carente por completo de derecho y de tacto..., pero absolutamente premeditada de este modo. Una pregunta tan directa como la reacción que tuvo la señora Drawson, y que era lo que esperaba ver Trevor North, la reacción fue entre desconfiada y expectante..., pero en absoluto temerosa o con algún viso de culpabilidad. En resumen, Trevor North conoció la respuesta antes de que saliera de la boca de la mujer:

—Claro que no. En la cocina están dos de mis criados.

—Entonces, no la asalto —sonrió North—. ¡Se ha librado usted de una buena, señora!

Ella sonrió, pero ya no demasiado tranquila. Por supuesto, había mentido, no había dos criados en la cocina, no había nadie en la casa, salvo ella, pero por un momento se había asustado, había desconfiado de las intenciones de él...

Segundos más tarde, North se despedía de la señora Drawson. Supo que ella le estuvo mirando por la mirilla de la puerta mientras se metía en su coche. Y hasta, posiblemente, tomase la matrícula. ¡Estaría bueno que avisase a la policía...!

Maniobró, y emprendió el camino hacia Seaside Avenue, de modo que no tuvo que abandonar el bulevar.

Ya que estaba en Perth Amboy aprovecharía para visitar a su clienta, la señora Ransom. Empezaba a tener la sensación de que aquel simple asunto se estaba complicando. Era una sensación, un presentimiento. Claro que el señor Ransom podía estar en miles de sitios, lejos o cerca de allí...

Pero no la señora Ransom.

La señora Ransom estaba allí. Allí mismo, en el bulevar, dentro de un coche.

Trevor la vio al pasar con el suyo a relativa velocidad, y la sorpresa fue tal que durante un centenar de metros siguió conduciendo. ¿Había visto bien? ¿Era la señora Ransom la que estaba dentro de aquel coche estacionado cerca de la casa de su amiga Margaret Dawson?

Estaba a punto de dar la vuelta para cerciorarse de ello cuando, por el espejo retrovisor, observó que precisamente el coche de la señora Ransom llegaba tras el suyo, le pareció que con evidentes deseos de alcanzarle. Redujo la velocidad, y, en efecto, en pocos segundos el otro coche se detuvo a su derecha, un poco más adelantado. Trevor frenó en cuanto los dos coches estuvieron al mismo nivel, se desplazó al asiento derecho, y bajó la ventanilla. En el otro coche, Vivien Ransom había hecho lo mismo, ella permaneciendo ante el volante. Miraba a Trevor un poco sofocada..., y claramente ansiosa.

—Señora Ransom. ¡No podía creer que era usted!

Ella tragó saliva, y murmuró:

—¿Está... está Sidney con... con...?

—No señora, su marido no está en casa de los Dawson. No es que haya recorrido la casa, pero...

Detrás de ellos sonó un claxon. Un automóvil se había detenido tras el de Trevor, y, con toda lógica, quería circular por la parte de calzada que le correspondía, sin invadir el otro lado.

—¿Puede usted venir a casa, señor North,? —preguntó Vivien.

—Claro. Voy detrás de usted.

Viven Ransom continuó circulando, Trevor se puso tras ella, y el otro automovilista pasó por la izquierda 1

de Trevor, sin tan siquiera dignarse mirarlo.

—De nada-masculó el detective.

La señora Ransom conducía muy bien, y además, conocía la localidad. Y ni siquiera tenía que abandonar la avenida. Llegaron a su

casa en poco más de un minuto, conduciendo con calma. Ella metió el coche por el sendero, pero no fue hacia el garaje, sino que lo dejó frente a la casa. Trevor titubeó, y optó finalmente por dejarlo en la avenida. Vio amplio espacio un poco más adelante, y estacionó allí.

Al salir del coche, miró hacia la casa. La señora Ransom le estaba esperando en el porche, ya abierta la puerta..., pero no miraba hacia él, sino hacia los dos hombres que caminaban por el sendero hacia el porche. Trevor los vio sortear el coche, uno por cada lado, y llegar ante la señora Ransom. Cerró rápidamente, la portezuela y se apresuró a acercarse a la casa. La señora Ransom hablaba con los dos hombres, le pareció que un tanto envarada. De pronto, señaló hacia él. Los dos hombres miraron hacia Trevor, que estaba ya cerca de la entrada. Llegó, recorrió rápidamente el sendero, y llegó al porche. Su mirada había recorrido rápidamente los rostros de ambos hombres. No parecían muy amistosos, pero sí correctos, bien vestidos... Altos, fuertes, de alrededor de treinta años. Lo miraron con fría inexpresividad.

—Bueno, aquí estoy, señora Ransom. Cuando usted quiera podemos...

—¿Quién es usted?—gruñó uno de los hombres.

Trevor North entornó los párpados. Tenía en la punta de la lengua una de sus respuestas de tipo duro cuando oyó la voz no poco tensa de Vivien Ransom:

—Son... son de la policía... Han venido a... Bueno, me... me han preguntado por Sidney...

—Ah —el gesto de North se aclaró considerablemente—, eso me parece muy bien. ¿Quizá vienen de Nueva York? Lo digo porque yo he estado preguntando a la policía por el señor Ransom, y quizá...

—¿Quién es usted? —repitió lentamente a la pregunta el mismo hombre.

—Trevor North, detective privado —North sacó su licencia de investigador, y la mostró ostensiblemente a los dos hombres, uno tras otro—. ¿De acuerdo?

—¿Y qué pinta usted en esto?

—Yo le... —empezó Vivien Ransom.

—Espere, señora Ransom —pidió Trevor—, estos dos caballeros han omitido algo importante.

—¿Sí? —gruñó el otro policía—. ¿Qué cosa?

—Mostrar su credencial. ¿Puedo verlas, por favor?

—No tenemos por qué darle explicaciones a usted.

—Me confunden ustedes, caballeros, ¿desde cuándo un policía no tiene que mostrar su credencial a los ciudadanos con los que está tratando?

—Escuche usted, North, le aconsejo que se largue de...

—Señora Ransom, ¿puedo utilizar, su teléfono? —preguntó Trevor, desentendiéndose del hombre.

—Sí... Claro, señor North...

—Muchas gracias. Mientras usted conversa con estos caballeros yo voy a llamar a la policía local, para 1

preguntarles...

Trevor North vio el puño de uno de los hombres. Mejor dicho, supo que el hombre le iba a golpear tan sólo viendo el inicial movimiento de su hombro derecho. Le había sucedido con alguna frecuencia, era como si su adversario pasase al ataque a cámara lenta, de tal modo que él disponía de siglos enteros para hacer frente a la situación. Tiempo atrás, cuando se dedicó una temporada a practicar boxeo y un poco de karate, el japonés que le dio las primeras lecciones de éste último se lo advirtió, cuando un hombre está entrenado en una lucha, es capaz de adivinar el ataque de otro hombre apenas éste se ha iniciado, y tiene la sensación de que el otro se mueve como a cámara lenta, esto, señores, es lo que diferencia al luchador bien entrenado del hombre corriente de la calle.

O sea, que el profesor japonés de karate tenía razón.

Trevor vio moverse el hombro, le pareció que el brazo del policía se

movía a cámara lenta hacia su rostro.

Fue fácil. Desvió aquel brazo agresor, y, sin más contemplaciones, estampó en plena barbilla del sujeto un derechazo que lo tiró contra la pared de la casa, donde rebotó... El otro lanzó una imprecación y metió la mano derecha bajo la axila izquierda..., mientras North se acercaba a él, alzaba la rodilla derecha, y la hundía con tremendo impacto entre las ingles del sujeto, que lanzó un berrido y efectuó un salto grotesco, para caer de rodillas.

El otro también había caído de rodillas, y estaba sacudiendo la cabeza, como queriendo poner en orden las piezas dentro de ésta. Alzó de pronto la furibunda mirada, vio a Trevor, y su rostro se crispó en una mueca de rabia, mientras llevaba la mano derecha a la cintura... Recibió un bofetón tremendo en la mejilla derecha, que lo tiró de lado, rodando por el porche. Vivien Ransom estaba gritando histéricamente.

Trevor la asió de un brazo, la metió dentro de la casa, y cerró la puerta.

—¡No son policías! —jadeó—. ¡Y están armados! ¿Hay algún arma en la casa, señora Ransom...? ¡Deje de gritar!

—Di-Dios... mío...

—¿Hay algún arma en la casa? —gritó Trevor

—Sí;... Sí, tengo... tengo...

—¡Vaya a buscarla! ¡Corra!

—Pe-pero...

—¡Corra!

Vivien asintió, temblándole la barbilla, y corrió hacia la derecha, donde estaba la puerta del despacho de la casa... En la puerta principal de ésta sonó un fuerte golpe, y todo pareció temblar. Trevor se desplazó hacia una de las ventanas, se colocó de lado, y consiguió ver la parte frontal del gran porche. Uno de los sujetos estaba de pie, pero todavía encogido, con las manos entre las ingles. Se había llevado un buen rodillazo en los testículos, desde luego; estaba pálido, desencajado el rostro de furia. El otro estaba intentando derribar la puerta cargando contra ella con un hombro, lo cual era absurdo disponiendo de armas... El que había recibido el rodillazo en los

testículos gruñó algo, y el otro se volvió. El primero sacó su pistola, y Trevor se dio cuenta en seguida de que no llevaba silenciador. Quizá fue por esto que el que golpeaba la puerta saltó hacia su compañero, y le sujetó la mano, gritando algo. Claro, no quería que disparase, pues el estampido atraería a la Policía...

Oyó las pisadas de Vivien, y se volvió. Ella llegaba sosteniendo un revólver, que Trevor se apresuró a arrebatarle. ¿Por qué demonios se resistía él tanto a llevar encima el suyo? A fin de cuentas, tenía permiso para llevar armas.

1

—¡Vaya a telefonear a la Policía! —exclamó—. ¡Yo me encargo ahora de esos dos granujas!

Se acercó a la puerta, que acababa de retemblar bajo otro golpe fortísimo, y gritó:

—¡Otro golpe más, y disparo!

No hubo siguiente golpe. Trevor corrió de nuevo hacia la ventana, y lanzó una maldición al ver a los dos hombres corriendo, alejándose de la casa. De nuevo corrió hacia la puerta, la abrió, y salió al porche.

—¡Alto! —gritó—. ¡Deténganse o disparo!

Ni caso. Los dos hombres seguían corriendo. Trevor North apuntó al césped, y disparó. Se oyó el breve ladrido del arma, pero los dos hombres siguieron corriendo, volviendo ahora la cabeza. Estaban calculando la distancia, y sabían que era suficiente para que él no les alcanzase con el revólver.

Mascullando maldiciones, Trevor echó a correr en pos de los dos individuos. Pero no tuvo que correr mucho, porque éstos se metieron en un coche, que arrancó en seguida... Trevor, que había llegado a la acera, vio acercarse el coche, y supo lo que iba a ocurrir, lo presintió, así que retrocedió y se tiró detrás de unos de los abetos...

No sonó disparo alguno, pero el detective comprendió que no había sido porque no deseaban herirlo, sino porque habían comprendido que

él se había puesto a salvo, y no valía la pena hacer ruido para clavar unas cuantas balas en un árbol o en el, césped. Se asomó en cuanto oyó el zumbido del coche rebasando su posición, y su mirada fue inmediatamente a la matrícula del vehículo fugitivo, fotografiándola. Cuando quiso disparar contra una rueda del coche, éste se había puesto ya fuera de su alcance. Estuvo tentado de emprender la persecución con el suyo, pero desistió. Teniendo la matrícula, seguramente podría localizar a aquellos dos sujetos, y en cambio, quizá la señora Ransom estuviese presa en un ataque de nervios.

Cuando cerró la puerta de la casa, algunas personas corrían hacia allí. ¡Siempre los curiosos, los fisgones...! Pues muy bien, todo lo que podrían ver sería una puerta cerrada.

Apareció en el despacho cuando Vivien había ya colgado el auricular y parecía al borde de la histeria.

Trevor miró a un lado y otro, vio el mueble-bar, encontró en él una botella de whisky, y sirvió una pequeña dosis en uno de los vasos.

—Tenga, beba un poco: aunque sólo sea psicológicamente, le sentará bien.

Le puso el vaso en la mano, sujetó ésta, y la ayudó a llevarla a la boca. Vivien bebió un corto trago, y enseguida comenzó a toser. Trevor soltó un gruñido, miró el whisky, y se lo terminó él de un trago.

—¿Ha llamado a la Policía?

—Ssssí... Sí, sí...

—Bueno, seguramente habrían venido de todos modos, debido al disparo que he hecho estúpidamente contra esos tipos... ¡Debí meterle la bala a uno de ellos en el culo! Pero quizá ha sido mejor así. ¿Les ha dicho algo de su marido a la Policía?

—No, no... Sólo... sólo que dos hombres armados querían... querían entrar en casa...

—Estupendo. Es decir, a menos que quiera usted recurrir ya directamente a la Policía y demos por terminado nuestro contrato...

—¡No! ¡No quiero que nadie se entere de que Sidney se ha marchado de casa!

—Señora Ransom, me temo que eso no va a ser posible mantenerlo

oculto por más tiempo. A decir verdad, no me sorprendería nada que su criada Esther ya haya ido por ahí haciendo comentarios. Luego, esos dos hombres, que desde luego no son policías, también están buscando a su marido... Yo mismo he 2

estado preguntado a la Policía de Nueva York...

—¡No quiero admitir que él se ha marchado! ¡Sidney está... está de viaje por unos días, eso es todo!

Trevor hizo una mueca, pero asintió.

—Intentaré arreglarlo como usted quiere. Si le parece bien, cuando llegue la Policía puedo decirles que esos dos hombres pretendían robar en la casa, aprovechando precisamente que está usted sola... ¿No está Esther? —se sorprendió de pronto.

—No... no.

—¿Dónde está?

—Le... le di unos días de fiesta. ¡No quería que estuviese todo el día mirándome, y metiendo las narices en todas partes, y escuchando mis conversaciones por teléfono con usted...! ¡Así que le dije que ya la avisaría cuando la necesitase!

—Está bien, está bien, cálmese, por favor. Podemos decir que esos tipos querían robarle a usted algo, y que yo llegué oportunamente, y todo eso, para entrevistarme con usted, pues me había llamado para contratarme para investigar cualquier tontería... ¿De acuerdo?

—Sí... Me parece bien, sí.

—De acuerdo, entonces. Esperaré a la Policía, cuando llegue les daremos esa explicación y a otra cosa.

Pero mientras tanto, señora Ransom, dígame: ¿qué hacía usted cerca de la casa de la señora Drawson?

—Bueno, después, de... de llamarme usted para ponerme al corriente de sus investigaciones, y preguntarme por la dirección de mi amiga,

comprendí..., pensé que iría allá... ¡Y se me ocurrió de pronto que Sidney podía estar con ella, sí...!

—Tranquilícese, señora Ransom, se lo ruego.

—¿Está... está Sidney con...?

—Desde luego que no.

—Es que como ella está sola toda la semana menos...

—Ya me lo dijo usted —gruñó de nuevo el detective—. Pero su marido no está allá, se lo aseguro.

—Pero entonces —jadeó Vivien Ransom, con los ojos muy abiertos..., ¿dónde está? ¿Dónde?

—Demonios —masculló North—, puede estar en cualquier sitio... ¡Quizá se haya ido a tomar el sol unos cuantos días en las playas de Miami, o cualquier sitio así!

CAPÍTULO IV

Llegó a su apartamento cansado, cabreado y un poco aburrido. Las mujeres le resultaban cada día más incomprensibles en líneas generales. Allá tenía el ejemplo de la señora Ransom. Lo lógico, después de lo sucedido, habría sido que se ausentara de su casa, para evitar una nueva posible visita de aquel par de sujetos. Pero de nada sirvieron los consejos de Trevor después que la Policía se hubo marchado. Ella insistió en quedarse. Trevor le recordó que de no haber sido por el hecho de que ella había ido a esperarle cerca de la casa de su amiga Margaret, aquellos dos tipos la habrían encontrado en la suya, con consecuencias imprevisibles, pero ni siquiera esto la convenció. ¿Y si Sidney llamaba cuando ella no estaba en casa? ¡Oh, no, de ningún manera, no podía marcharse!

Moviendo la cabeza con gesto de resignación, North entró en su apartamento, se fue directo al salón, se sirvió un whisky, y se acomodó ante el teléfono. Llamó a un amigo suyo para que al día

siguiente se interesara por la matrícula del coche de los dos sujetos. Llamó a Anne para explicarle el motivo de la absurda conversación a que la había sometido desde la casa de los Drawson, y se congratuló de que Anne fuese tan inteligente y comprensiva. ¿Y la niña? ¡Oh, era un primor, era maravillosa! ¿Cuándo iba a ir a verla? No sólo a la niña, claro, sino también a ella...

Llamó a algunos de sus colegas con los que intercambiaba pequeños favores. ¿Qué? ¿Alguna noticia sobre el tal Jerry Merk? Pues no, no señor, nada de nada, por el momento, y él era un pesado fastidioso: ¿no habían quedado que en cuanto Jerry Merk fuese localizado le avisarían?

Estuvo tentado de pedir ayuda también para localizar a Sidney Ransom, pero desistió. Una cosa era pedir ayuda para resolver un asunto personal, y otra cosa hacerlo para que los demás metiesen sus narices en un asunto profesional, con cliente de por medio; cliente que, naturalmente, tenía derecho al mejor servicio y a la máxima discreción.

Desistió de seguir telefoneando. Se quitó los zapatos, la chaqueta y se aflojó la corbata. Encendió otro cigarrillo y se puso a pensar, contemplando el humo, bebiendo de cuando en cuando un sorbo de whisky.

Muy bien, aquellos dos tipos no eran policías. Entonces..., ¿qué eran? ¿Quiénes eran? ¿Para qué buscaban a Sidney Ransom? ¿Lo conocían de algo, eran amigos suyos..., o simplemente lo habían rastreado hasta llegar a la casa de Vivien Skendom, flamante esposa del tan buscado Sidney?

Trevor hizo chascar dos dedos. ¡Okay! ¿Y si por la mañana iba a ver a su amigote, el teniente de Homicidios Joe Mildford, y le pedía que buscara en los archivos de la Policía a Sidney Ransom? ¡A lo mejor se llevaba una sorpresa!

Bueno, ¿y si cenase algo? Si se moría de hambre, no podría encontrar a Sidney Ransom. Ni al imbécil de Jerry Merk. ¡Imbécil, más que imbécil...! ¿Se podía decir imbécilísimo?

Sonó la llamada a la puerta del apartamento.

Trevor miró en aquella dirección, como si pudiese ver a través de las paredes. Frunció el ceño. El timbre volvió a sonar. Dejó el vaso de whisky en la mesita, fue al dormitorio, sacó su 38 del armario, y lo metió entre el cinturón y la camisa, en la espalda. El timbre había

vuelto a sonar por dos veces cuando, finalmente, el detective privado se detuvo ante la puerta y echó un vistazo por la mirilla. A él con bromitas, no.

Se quedó pasmado, un poco inclinado, con un ojo cerrado y el otro muy abierto ante la mirilla gran angular, observando a la visitante. Una mujer de cabellera negra y ojos oscuros. No podía verla muy bien, porque aquella maldita mirilla parecía jugar con las imágenes.

Abrió la puerta.

—¿Señor North? —preguntó la mujer.

El pasmo de Trevor no cedía. La mujer era casi tan alta como él, aunque fuese debido a sus zapatos de tacón alto; pero así y todo, ¡vaya si era alta! Y a decir verdad, no era bonita, al menos en el sentido clásico que se da a la definición. Vamos, que no tenía cara de muñequita preciosa, ni nada de eso. Pero tenía un cuerpo armónico, de bien curvadas caderas y senos altos y de un volumen más que interesante; sólo con unas formas como aquellas se podía lucirlas pese al abrigo. Ella llevaba un portafolios en la mano izquierda. Con la derecha, se sujetaba las solapas del abrigo; llevaba las uñas no demasiado largas, manicuradas de color rosa pálido. Y tenía los ojos de un fantástico color azul oscuro...

La muchacha alzó las cejas, al parecer un tanto molesta por el examen.

—¿Señor North? —insistió.

2

—¿Eh...? Oh, sí... ¡Sí, sí!

—Me llamo Janice Corvin. He sido puesta en antecedentes sobre usted por medio de la «Sweet Marriage Agency»... Al parecer, a ambos nos convendría cambiar impresiones.

Trevor North quedó con la boca abierta. Luego, sonrió.

—¿Es una broma? —preguntó.

—Usted sabrá cómo se toma esto. Yo me lo tomo en serio. De momento, puedo decirle que no me parece usted muy cortés, francamente.

—¿Y eso por qué? —gruñó Trevor.

—¿No se le ha ocurrido pensar que me gustaría sentarme?

—Mmm... ¡Oh, por supuesto! Lo siento de veras. Pase usted, señorita Corvin, por favor. Bueno, debo decirle que estoy solo.

Ella entró, le miró con una relampagueante expresión irónica en sus increíbles ojos cuando él hubo cerrado la puerta, y dijo:

—¿Prefiere los grupos?

—¿Los qué?

—Los grupos. Ya sabe, varias parejas...

—Aaaah... ¡No, no!

—Lo celebro. A mí, los grupos, sólo me gustan para discutir sobre temas interesantes.

—Sí... Es cierto, es cierto. ¡Bueno...! ¡Pues usted dirá!

—Todavía no estoy sentada, señor North.

—¿Qué? Oh, perdone... Sí, claro. ¿Me permite su abrigo?

—Gracias.

Ella se volvió tras dejar el portafolios sobre la silla de la entrada, y Trevor la ayudó a quitarse el abrigo.

Tenía lo que en términos arcaicos y cursis se llama «cintura de avispa»; y unas pantorrillas tremendas. Y

cuando se volvió, y Trevor vio el verdadero volumen de sus pechos, casi se atragantó. Además, llevaba un vestido con agudo escote, que permitía ver su carne mórbida en una extensión discreta pero sugestiva.

Ella movió la cabeza, con ese gesto tan femenino y encantador de echarse los cabellos hacia atrás, y acto seguido alzó la barbilla y soltó una carcajada. Trevor se quedó mirando, fascinado, la tersa garganta,

vibrante de risa.

—Espero, señor North, que no sea usted todo lo tonto que expresa su cara en estos momentos.

Trevor volvió a mirar la garganta de la señorita Corvin. Y de pronto, se acercó a ella, la abrazó por la cintura, la atrajo, y la besó en un lado de la garganta, metiendo su recia barbilla barbuda de todo el día bajo la de ella, fina como seda. Fue un beso lento y, como más tarde admitiría el propio Trevor, chupón, goloso. Luego, Trevor apartó a la muchacha, la miró a los ojos, y dijo:

—No he podido evitarlo: ¡estaba loco por encontrar una garganta que tuviese risa dentro!

—No se preocupe. Por un momento, temí que fuese a chuparme la sangre, pero como sólo ha sido un 2

beso, está bien. Espero que le haya gustado.

—¡Ya lo creo! ¿Puedo repetir?

—Como a mí también me ha gustado, puede hacerlo.

—Gracias.

La volvió a besar en la garganta. Sentía en las palmas de las manos el calor de las caderas de ella. Se dedicó a besarle la garganta con auténtica satisfacción, y pronto se dio cuenta de que a ella, en efecto, también le gustaba. De pronto, la señorita Corvin le tomó el rostro entre sus manos, lo apartó, y lo besó en los labios. El detective privado tuvo la impresión de que sus rodillas se convertían en mantequilla. Rodeó con sus brazos el torso de la muchacha, y lo atrajo completamente. Le pareció que su pecho se llenaba de calor en cuanto el de ella estuvo en contacto. Notó sus pechos duros y cálidos con una intensidad increíble.

Ella apartó su boca.

—¿Y a usted? —preguntó—. ¿Le gusta cómo beso yo?

—Vaya.

—¿Qué?

—Vaya que sí. ¿Repetimos?

—Bueno.

Repitieron. Trevor North había cerrado los ojos. ¡Aquellas malditas rodillas de mantequilla! Apretó su abdomen contra el de ella. La señorita Corvin quedó un instante envarada, al notar claramente la reacción masculina. Luego, cedió al abrazo, y continuó besándole. Por fin, apartó el rostro, y suspiró.

—¿Qué tal? —preguntó North.

—Vaya.

Se echaron a reír los dos a la vez, de pronto. Trevor deshizo el abrazo, tomó de la mano a la muchacha y caminaron hacia el salón.

—¿Tomarás un whisky? —ofreció el detective.

—Con soda, sí.

—No tengo soda.

—Pues sin soda.

—Pero tengo hielo.

—Pues con hielo.

—A lo mejor, se pone a nevar en cualquier momento.

—Sí, pero no aquí dentro. Aquí se está bien.

—Me alegra oírlo. Iré a por el hielo. Si quieres fumar, ahí en esa mesita hay cigarrillos.

—De acuerdo.

Trevor North fue a la cocina en busca de unos cubitos de hielo. Cuando regresó, la señorita Corvin estaba fumando, sentada en un sillón. Junto a éste se veía ahora su portafolios, que evidentemente había ido a recoger al recibidor.

—En principio —dijo Janice Corvin—, me has parecido un tanto precipitado y bastante caradura.

—Pero beso bien —sonrió Trevor.

—Ah, eso sí. ¿Y la pistola?

—¿Qué pistola? —respingó él.

Ella se echó a reír, divertidísima.

—La que llevas a la espalda.

—¡Ah, esa...! —la retiró, y la miró como si nunca la hubiese visto—. Olvídala. Es sólo contra los acreedores. ¿Te debo algo a ti?

—Sólo un whisky con hielo.

—Marchando un whisky con hielo.

Segundos después, tendía el vaso a la muchacha, y se sentaba frente a ella. Debía tener unos veintitantos años... ¿Veinticinco, veintiséis...? Tenía unas rodillas preciosas. De cara no era demasiado guapa, francamente, pero aquellos ojos... ¡Y aquella boca besucona! Se fijó mejor en los ojos. Sí, eran azules, santo cielo, azul oscuro. Y había en ellos, ahora que se fijaba mejor, una inteligencia nítida, una perspicacia... jocosa. Sí, jocosa, como si lo que vieses fuese siempre divertido.

—Mira —mostró ella sus manos, con el dorso hacia él—: uñas pintadas, de rosa pálido.

—¿De verdad te envía la agencia esa?

—Me dijeron que había un tipo de lo más interesante, pero que se había negado a fotografiarse. Pensé que debías ser terriblemente feo, pero decidí probar, de modo que fui allá, y me pusieron al corriente de tu cuestionario. Me pareció fantástico.

—¿El cuestionario o yo?

—Tú, naturalmente, que eras el ejemplar del cuestionario.

—Caramba, ¡el ejemplar! ¡Hablas de mí como si fuese un oso expuesto en un zoológico! Y hablando de osos: ¿te parezco terriblemente feo?

—Hombre, terriblemente, no, pero eres feo.

—Pus; hija tu tampoco eres una monada, precisamente.

—¡Qué le Vamos a hacer! —suspiró ella—. Pero sé nadar, esquiar, montar a caballo, me gusta correr por el campo, amo la vida, y me encanta la música. A propósito de música: ¿qué tienes por aquí?

—Mmmm... ¿Chopin? —sugirió Trevor.

—Oh, no, no en estos momentos: nos parecería cargante.

—Quizá tengas razón. ¿Rimsky Korsakov?

—¿A estas horas? ¡Demasiado espléndido!

2

—Posiblemente. ¿Brahms, quizá? —deslizó suavemente.

—¿Por qué Brahms?

—A mí me parece que Brahms es un músico... sigiloso. Su música es como tímida, ¿no te parece?

—¡Estás bromeando!

—¡Claro que no estoy bromeando! Oye, ¿qué demonios quieres? ¿La suite del Gran Cañón?

—¡Cielos, no! Cada vez que oigo esa música me da la sensación de estar rodeada de indios apaches.

Trevor quedó pasmado un instante.

—¿Y eso por qué? —masculló por fin.

—Me ocurre desde que de niña vi una película del Oeste por la televisión: cada vez que iban a aparecer los astutos indios apaches escondidos tras las montañas, se oía la suite del Gran Cañón. Podríamos poner a Schubert.

—¡Ni hablar! Esta es mi última oferta: "Invierno", de Vivaldi.

—Eso me parece acertado. De acuerdo: Vivaldi.

—¿Brahms no?

—No en este momento.

—¿Por qué no?

—Porque es tímido y sigiloso: hay momentos mejores para escuchar a Brahms.

Trevor frunció el ceño. Ella le miraba con curiosidad, casi con expectación. De pronto, él se echó a reír, y ella sonrió.

—Avísame cuando quieras a Brahms —dijo North, dirigiéndose adonde estaba el tocadiscos.

Poco después colocaba manualmente la aguja sobre la grabación de "Invierno", de Vivaldi. Regresó a su sillón, bebió un trago de whisky, y se quedó mirando a Janice Corvin. Ella volvió a sonreírle, y se dedicó a escuchar la música, simplemente. Mientras duró ésta, ninguno de los dos dijo nada. Se miraban, eso fue todo.

La música terminó.

Janice Corvin emitió un suspiro.

—Es una lástima que las personas no dediquen más tiempo a la música —comentó.

—Sí, pero algunas personas no la comprenden. Claro que la culpa no es de ellas, no.

—¿De quién es?

—¡Y yo qué sé! Supongo que del sistema de educación, y del ambiente general en que viven. Realmente, hay cosas que los pobres no podrán tener nunca, como por ejemplo, un yate, palacios, una docena de automóviles, y un harén de chicas o de chicos, según el sexo. Tampoco es fácil que todos tengamos un millón de dólares o que seamos

guapos, o geniales, o simplemente buenos. ¡Pero la música...! Ahí la tienes: lo más maravilloso del mundo, seguramente una de las cosas más baratas que puedes comprar en el mercado, y nada, que no se vende. No lo suficiente, quiero decir. Y me refiero a la música clásica, claro 2

está.

—¿No te gusta la otra música?

—La acepto toda, pero selecciono según mi preferencia. Se me está ocurriendo algo: si a los muchachos se les enseñase a apreciar la música del mismo modo que les enseñan a apreciar una jugada de baseball, por ejemplo, ¿qué pasaría?

—¿Qué se pasarían a la música y dejarían el baseball?

—¿Y por qué demonios han de dejar el baseball, si pueden tenerlo además de la música? Las dos cosas son buenas, cada una en su estilo: el deporte vivifica el cuerpo, la música eleva el espíritu... ¿Qué dices a esto?

—¿De verdad eres detective privado?

—Soy una persona que trabaja de detective privado, porque me gusta. Pero eso no significa que tenga que renunciar a otras cosas.

—Eso es muy inteligente,. Trevor.

—Sí, en efecto. La mayoría de las personas se conforman con las pocas cosas que su ambiente pone normalmente a su alcance: No se dan cuenta de que hay otras muchas cosas, sencillas, baratas y espléndidas a su disposición.

—¿Por ejemplo...?

—Bueno, ya hemos hablado de la música, ¿no? Luego, puede uno contemplar la salida del sol, aprender chino para comprender mejor a los chinos, leer muchos libros para enterarse de lo que piensan otras personas, llamar a un amigo para conversar con él por el gusto de hacerlo, escribir un poema aunque sea malo, ir en bicicleta,

fotografiar pájaros... ¡Hay muchas cosas!

—Ya no me pareces tan feo —murmuró Janice—. ¿Vas a invitarme a cenar?

—¿Estás sin blanca?

—No, no. Estoy bien de dinero. Bastante bien.

—Me alegro por ti. ¿A qué te dedicas?

—Escribo novelas policíacas.

Una vez más, Trevor North quedó boquiabierto.

—¡No me lo digas! —exclamó—. ¡Conozco una persona que está loca por las novelas policíacas!

—¿Quién?

—Mi secretaria. Ahora está en una clínica: acaba de dar a luz un pequeño mico viejo y arrugado.

—¿Ha parido un mico? —rió Janice.

—No. Un bebé, una niña... ¡Pero parece un mico viejo!. Y lo más gracioso del caso es que la enfermera dijo que se parecía a mí. ¿Te parezco un mico viejo?

—En todo caso, un gorila —murmuró Janice—. ¿Qué hay de esa cena? ¡Tengo apetito!

—Podemos...

2

Sonó el teléfono, y los dos miraron el aparato. Trevor descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¡...!

—Anne! ¿Qué te ocurre?

—¡...!

—De veras? ¿Desde dónde?

—...

—Está bien. Yo me encargaré... Anne... Anne, por favor, no llores, cariño... ¡Te lo suplico!

—¡...!

—Sí, te comprendo, pero no llores. Ya te dije que yo me haría cargo del bebé, ¿no es así? ¡De ninguna manera voy a dejarte en la estacada, no soy ningún hijoputa!

—¡...!

—De acuerdo... De acuerdo, cariño. Eso está mejor. Pero sobre todo, no llores, no te aflijas por nada. ¡No te abandonaré!

—Vale, vale... Cálmate y límpiate los mocos: no está bien que una jovencita tan preciosa y que acaba de ser madre tenga la cara sucia de mocos, ¿de acuerdo? ¡Podrías ensuciar a la niña! Oye, por cierto, estoy muy orgulloso de ella, ¿eh? ¡Hasta la enfermera dijo que se parecía a mí!

—¡...!

—Eso es lo que dije yo. Bueno, ¿estás más tranquila?

—...

—Besos. Hasta pronto, cariño.

Colgó y quedó pensativo, fruncido el ceño. De pronto, miró a Janice y sonrió.

—¿Qué te parecería cenar un bocadillo de salchichas con salsa de tomate o mostaza, otro de pollo, una ensalada, cerveza, café y luego una copa?

—Me parece que no eres rico —rió Janice.

—Hay cosas mejores. Se puede ser muchas cosas mejor que ser millonario.

—¿Sí? ¿Por ejemplo?

—Se puede ser amable, guapo, simpático, payaso, bueno, educado, noble, generoso, padre, madre, cachondo, vendedor de caramelos, productor de algo, escritor de novelas policíacas para distraer a la gente, barrendero para tener limpia la ciudad, cocinero, ama de casa, maestro, pianista, agricultor, fabricante de juguetes, investigador científico, deportista, mecánico, médico... ¿Te importa que haga una llamada?

Janice parpadeó.

—¿Eh?

2

—Voy a llamar —rió Trevor; llamó, esperó unos segundos—. ¡Hombre, doc! ¡Me alegro de encontrarte en casa!

—¿...?

—El mismo que viste y calza. Llegó el momento. Quiero que cojas tu maletín y...

—...

—Yo también estoy cansado, y tampoco he cenado. De modo que agarras tu maletín, tal como hablamos hace días, y te reúnes conmigo en cuanto puedas en lo de Terry. Te espero —colgó, y miró a la sonriente Janice—. A mí, personalmente, las salchichas me gustan con «Catsup», pero tú puedes elegir lo qué prefieras.

CAPÍTULO V

—Hola, Terry. Dos con «Catsup».

—Okay —asintió Terry, tras el mostrador, echando un vistazo apreciativo a Janice, que había ocupado un taburete junto al de Trevor—. ¿Qué? ¿has ligado?

—Creo que sí. Se llama Janice. ¡Escribe novelas policíacas!

—¿De veras? —se pasmó Terry, gordo, sonriente, feliz—. ¡Eso le gustará a Anne!

—Seguro que sí. ¿Sabes que ha tenido una niña?

—¡No!

—Vaya que sí. La enfermera dijo que se parecía a mí... ¡Y no me vengas con el chiste de que compadeces a la niña!

—Bueno, hombre, bueno, tranquilo... Hola, Janice.

—Hola, Terry —rió Janice.

—Dos con «Catsup» —rió también Terry—. ¿Cerveza?

—Cerveza —asintió la muchacha..

Terry movió la cabeza con gesto aprobativo.

—La última chica que Trevor trajo aquí pidió champaña... ¡Champaña para beber con salchichas con mostaza!

—¡No es posible!

—Lo juro. A propósito, Trevor, ¿qué fue de la chica aquella? No, no fue la última, fue la penúltima...

Aquella pelirroja que tenía los... Ya me entiendes.

—No sé. Me duró dos días. Era idiota.

—¡Estaba muy buena! —protestó Terry.

—Sí, pero era idiota. Terry: ¿alguna vez has tropezado con algo peor que con un idiota? Fíjate que no digo un tonto porque no pueda dar más de si congénitamente, lo que es disculpable, sino con un idiota integral por vocación... ¿Has conocido a alguien así?

—No —rió Terry.

—Pues eres afortunado. Amigo mío, si hay algo que no se pueda soportar es un idiota. Y si es una mujer, peor.

—¿Por qué es peor si se trata de una mujer? —refunfuñó Janice, mirando hoscamente al detective.

—Porque con un hombre no corres el riesgo de casarte, y con una mujer sí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Janice—. Tienes razón. Y yo tengo cada vez más apetito. Bueno, ya es hambre voraz.

Terry alzó un dedote.

—Dos con «Catsup» —dijo—. Okay.

—Y otros dos de pollo —dijo Trevor.

—¡Y dos con pollo! —cantó Terry.

—Y ensalada.

—¡Dos para conejos! —vocifera Terry, alejándose hacia la ventanilla que comunicaba con la cocina.

Janice se echó a reír. Trevor la miró de soslayo, y luego echó un vistazo a su reloj de pulsera. Janice miró alrededor. Había mucha gente en el snack, y parecían conocerse unos a otros. Por lo menos una docena de personas habían saludado a Trevor cuando entraron. Hacía calor allá dentro, y se olía a salchichas. Normal y lógico. En las mesas con manteles a cuadros, algunos clientes comían bistecs, con cuchillo y tenedor.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Janice.

—Psé.

—Terry está muy gordo.

—Se atiborra de salchichas.

Janice volvió a reír, mostrando su bella garganta palpitante. Trevor se inclinó hacia ella, en equilibrio no poco difícil sobre el taburete, y la besó, más bien mordisqueó aquella deliciosa garganta.

—Trevor —sonó una voz—: eres un cabrito.

El detective dejó de besar a Janice, y miró al hombre que había proferido con toda tranquilidad, pero con contundencia el insulto.

—Hola, doc —sonrió—. Veo que traes tu maletín. ¿Uno de salchichas?

—No, señor. ¡Maldito seas, Trevor, eres un cabrito!

—Ella es Janice, mi novia —señaló North.

—¡Allá ella! Hola, Janice, ¿qué tal?

—Muy bien, doc. Gracias. Encantada de conocerle. ¿De verdad no quiere cenar con nosotros?

—No lo siento. He dejado a mi esposa hecha una furia, y por supuesto maldiciendo a Trevor. Tengo la cena en la mesa. Por usted, me quedaría, pero estoy hasta las narices de este cabrito.

3

—Si me vuelves a llamar cabrito —amenazó Trevor—, no vuelvo a poner los pies en tu casa para la revisión anual. O sea, que pierdes un cliente.

—¡Un cliente! —bufó el doctor Dellton, bajo, grueso, cincuentón, sano, con lentes—. ¡Vaya un cliente!

Vienes una vez al año a que te diga que estás sano como una piedra, te largas sin siquiera pagarme el chequeo, y encima le cuentas chistes verdes a mi mujer... ¡Cabrito!

—Acabas de perder un cliente.

—Estupendo. ¿De verdad nunca volveré a verte por mi consultorio, Trevor? —pareció implorar Dellton—. ¿De verdad?

—¡Que te crees tú eso!

—Ya me parecía a mí... Bueno, a ver ese brazo.

Trevor North se quitó la chaqueta y se subió la manga de la camisa. Mientras tanto, Dellton había abierto su maletín, tras colocarlo sobre

las rodillas de Janice, que se limitó a mirar con curiosidad. El médico sacó un sobre de plástico con una jeringuilla, extrajo ésta, colocó la aguja y blandió el «arma».

—De buena gana te atravesaba el brazo —gruñó.

Clavó la aguja en la vena, succionó sangre, retiró la jeringuilla, y vació la sangre en un tubo de cristal, que taponó cuidadosamente, mientras Trevor se ponía la chaqueta. Dellton metió el tubo con sangre en el bolsillo superior de la chaqueta de Trevor, metió la jeringuilla en la bolsa, y dijo:

—Dile a Terry que tire esto a la basura.

—Okay. ¿Una cerveza, doc?

—¡Un demonio! —cerró el maletín, y miró amablemente a Janice—. Gracias, muy amable. Encantado de haberla conocido. ¿De verdad es la novia de Trevor?

—Sí.

—Usted sabrá lo que hace. ¡Adiós!

Se marchó.

—Dos cervezas —apareció Terry ante Trevor y Janice—. Ya están en camino dos con «Catsup».

—Y dos de pollo —recordó Janice.

—Con ensalada —sonrió Terry, alzando su dedote.

—¿Todo bien? —preguntó Trevor.

—Una cena agradable y simpática —asintió Janice.

—Gracias, fea. Iremos a tomar la copa aquí al lado, si te parece bien.

Salieron del snack, riendo Janice. Al lado, en efecto, había un bar. Nada más entrar, Janice oyó el chasquido de las bolas de billar, y miró sorprendida a Trevor. Este señaló el mostrador, se acercaron, y el detective agitó el dedo hacia un camarero, que acudió sonriente.

—Hola, Trevor.,

—Hola, guapo. Dos de coñac. ¿A que es guapo el chico, querida?

—Sí que lo es —asintió Janice—. ¡Y mucho!

—Es usted una persona de gusto —sonrió el camarero; miró de reojo a Trevor—. Bueno, al menos en ocasiones. ¿Por qué está con Trevor? ¿Es usted masoquista?

Janice se echó a reír. Con tal gracia, con tal tono cristalino, que todos los clientes se volvieron a mirarla.

Trevor estaba mirando a uno de los clientes, que, sentado a una mesa con una botella y un vaso ante él, no parecía hombre más feliz del mundo. Al ver a Trevor, el hombre palideció. Trevor sonrió, y Janice, que captó todo esto, comentó.

—Igual deben sonreír los tigres.

—Es que soy muy malo.

—Yo no he dicho que los tigres sean malos. Sólo he dicho que me has parecido un tigre. ¿Te debe dinero aquel muchacho?

—Una fortuna.

—Lo has asustado. No sabe qué hacer.

—Le ayudaremos a decidir... Gracias, guapo —Trevor tomó las dos copas de coñac, y señaló con la barbilla hacia la mesa donde el solitario bebedor no parecía tenerlas todas consigo—. Vamos allá.

Fueron. Trevor dejó las copas sobre la mesa, junto a la botella del solitario bebedor, y apartó una silla para Janice, que se sentó, mirando al pálido muchacho. Era guapo, viril. Debía tener unos veintiocho años, calculó.

—Hola, hijoputa —le saludó amablemente Trevor North.

El muchacho soltó un respingo y se puso en pie... De este modo, recibió en pleno estómago el tremendo puñetazo de Trevor. El muchacho quedó doblado sobre el puño del detective, como colgado allí. Trevor lo empujó, sentándolo de nuevo. Luego se sentó él, al otro

lado de la mesa, junto a Janice y frente al muchacho. Cuando éste se enderezó, Trevor sacó el tubo con sangre, y lo metió en el bolsillo del muchacho.

—Aquí tienes una muestra de mi sangre, hijoputa. Ahora, te vas a un sitio donde te extraigan una muestra tuya, y luego, con los dos tubos con sangre, te vas a la clínica donde antes has llamado a Anne para decirle que no quieres volver a saber nada de ella porque su hijo es mío y no tuyo. Cuando estés en la clínica, haces analizar tu sangre y la mía. Luego, que comparen los resultados con la sangre de tu hija, y si la niña tiene la sangre como la mía, vienes aquí y me sacas los ojos. Si la tiene como tú, vienes también aquí, porque tengo ganas de partírtela cara. ¿Entendido, hijoputa?

El muchacho comenzó a ponerse en pie, pero Trevor lo sentó de un manotazo en el hombro.

—¡Todavía no he terminado! Quiero que escuches bien esto: a mí me importa un huevo que te cases o no con Anne después de hacerle una preciosa niña, pero ella te ama a ti, no sé por qué. De modo que vas a ir allá, le dirás que eres un cerdo con la lengua y el cerebro sucios, que has comprendido que yo la amo horrores a mi manera, pero que no le he tocado ni siquiera la nariz, y que le suplicas que te perdone por todas las suciedades que has pensado sólo porque ella es mi secretaria. Ah, y les dices a la enfermera que el bebé es tuyo. ¿Entendido?

El muchacho comenzó a ponerse en pie de nuevo. Esta vez Trevor no le detuvo. Sólo alzó la mirada, ahora dura y fría hasta sus ojos.

—Jerry, Ve allá —susurró—. No me obligues a buscarte de nuevo, porque si eso ocurre, te romperé las piernas. ¿Me has entendido bien, Jerry Merck?

3

El muchacho asintió con la cabeza. Trevor también asintió. Señaló a Janice.

—Es mi novia. Dile a Anne que me he echado una novia que escribe novelas policíacas, y que se la presentaré pronto. ¿Tienes alguna duda sobre lo que has de hacer?

—No.

—Pues ve a hacerlo. Despídete de la señorita.

La mirada del apuesto Merck se desvió hacia Janice, que le sonrió amistosamente.

—Adiós, señorita.

—Adiós, Jerry —correspondió Janice—. Buena suerte. ¿Me permite que le dé un consejo?

Jerry Merck encogió los hombros.

—No hagas gestos —gruñó Trevor—: es de mala educación. Además, estoy seguro de que mi novia te va a dar un consejo muy bueno, de modo que escúchalo con toda atención. ¿Cuál es el consejo, amor mío?

—Pues, Jerry —dijo Janice, mirándolo atentamente—, yo le aconsejo qué una vez se haya convencido de que Trevor no va por ahí haciéndole hijos a sus secretarias para que otros carguen con el mochuelo, como vulgarmente se dice, no se moleste en volver por aquí. En primer lugar, porque Trevor le rompería la cara, en efecto. Y en segundo lugar, porque nosotros «también nos vamos dentro de unos minutos. El tiempo justo de tomarnos el coñac. ¿Verdad, mi amor?

—Bueno —asintió Trevor—, nos iremos, si así lo prefieres. Quizá haya llegado el momento de escuchar a Brahms.

* * *

North detuvo el coche y se volvió a mirar a Janice.

—No tienes que subir, si no lo deseas —dijo.

—Tengo que subir, porque olvidé mi portafolios en tu apartamento.

—De acuerdo. Lo estamos pasando, bien juntos, ¿verdad?

—Yo sí. No sé tú.

—También. Pero se puede pasar todavía mejor.

—Entonces —susurró Janice—, subiré a buscar mi portafolios.

Se quedaron mirándose. Trevor North empezaba a mosquearse consigo mismo. Naturalmente, al principio se había tomado el asunto con buen humor y dispuesto a seguirle la corriente a Janice y a la «Sweet Marriage Agency», pero la verdad era que lo estaba pasando divinamente con la muchacha. Le parecía como si la conociese hacía un montón de años, o de siglos. Y sólo hacía unas horas. Pero tenía una garganta preciosa.

Se estaban mirando fijamente. Janice se inclinó hacia él, y lo besó en la boca. Luego, Trevor la besó en la garganta, mientras la abrazaba. Notó en su antebrazo la turgencia del seno derecho de la muchacha.

—¿De verdad quieres subir? —susurró junto a su orejita— No tienes por qué seguir la broma hasta tan lejos, Janice.

3

—No me parece que tu apartamento esté tan lejos —rió ella quedamente.

—Si continúas riendo, te comeré la garganta.

—Amor al primer mordisco —volvió a reír Janice.

Trevor le mordió la garganta. Notó el estremecimiento de la carne de ella, la tensión en la piel, el escalofrío... Luego la besó en la boca. Janice le agarró por la muñeca y le puso la mano sobre su seno...

Trevor North sentía en su cabeza los latidos de su sangre como si se tratase de un tambor. Allí había gato encerrado, algo no estaba funcionando bien, en alguna parte había juego sucio...

Dejó de besarla.

—Espera aquí —murmuró—. Te bajaré yo mismo el portafolios y te acompañaré adonde has dejado tu coche.

—Como quieras —murmuró Janice.

—Eso quiero.

Salió del coche, estacionado unos quince metros más arriba del

edificio donde estaba su apartamento.

Cerró la portezuela, rodeó el vehículo por delante, subió a la acera...

¡Crack!, restalló secamente el disparo.

Trevor North oyó el silbido de la bala por encima de él, y el impacto fortísimo en la pared. Al instante siguiente, ya estaba en el aire, estirándose en el saltó para caer tras la protección del coche.

¡Crack, crack, crack!, crujieron tres disparos más. De nuevo una bala dio en la pared. Las otras dos dieron en el coche, que vibró agudamente. Janice estaba saliendo del coche, y Trevor vio su rostro palidísimo, sus ojos desorbitados... Él estaba junto a la portezuela. La empujó.

—¡Quieta ahí! —gritó, con voz tan aguda que él mismo se sorprendió—. ¡No salgas del coche!

Sacó su 38, y se desplazó hacia la parte posterior del coche. Sonó otro disparo, que de nuevo dio en el vehículo. Trevor se disponía a asomarse por detrás de su coche, para localizar al oculto tirador que le atacaba desde la otra acera cuando, de pronto, la parte delantera de su coche se convirtió en una llamarada. El detective se volvió, con los ojos desorbitados, vio la negra nube de humo, asombrosamente redonda, que apareció y pareció lanzada hacia el cielo... Estaba oyendo gritos, en algunas ventanas se encendían luces...

—¡Janice! —aulló.

Se abalanzó hacia la portezuela, inclinado, y la abrió. Al resplandor de la tremenda llamarada vio el rostro de la muchacha, sus ojos desorbitados. Ella volvió la cabeza, lo miró. Trevor se dijo a sí mismo que él también era un hijoputa, y agarró a la muchacha por un brazo.

—¡Sal de aquí! —exclamó—. ¿Estás loca?

Ella salió, tanto por su impulso como arrancada del asiento por Trevor, que en el acto se dejó caer al suelo, arrastrando con él a la muchacha.

—¡Tiéndete en el suelo y no te muevas! —rito.

—¡No te asomes! —pidió ella—. ¡Te van a matar!

Trevor se desasíó de las manos de ella, y de nuevo se desplazó hacia la

parte posterior del vehículo. Hacia 3

delante el calor era tan intenso ahora que Janice no pudo resistirlo, y se arrastró en pos de Trevor. El coche crujía, la gasolina ardía profiriendo un cálido aliento, lanzando nubes de humo. Trevor cruzó velozmente la separación entre su coche y el que estaba más atrás, se volvió, y miró hacia la otra acera.

No vio nada inquietante, y le hizo señas a Janice, que lo siguió entonces, tendiéndose a su lado.

El detective se sentía congestionado por la ira y por el susto recibido, que había sido de los grandes. Pero en esta ocasión él tenía su 38, y si alguien se le ponía a tiro se iba a enterar de cómo disparaba el detective privado Trevor North. ¡Vaya si se iba a enterar!

Pero nadie le dio ocasión a Trevor North de demostrar su excelente puntería.

* * *

—En resumen —dijo el oficial que mandaba el coche de la Policía—, que no vio usted a nadie, señor North.

—No —gruñó el detective.

—Bien..., ¿qué piensa al respecto? ¿Se le ocurre quién puede haber disparado contra usted?

North pensó en los dos sujetos que habían visitado aquella mañana a Vivien Ransom. Él les había dicho su nombre, les había mostrado su licencia de investigador privado. Nada más fácil que averiguar dónde vivía el detective North, aunque fuese por el simple procedimiento de buscarlo en la guía telefónica...

—No, no tengo ni idea —murmuró.

—Es muy posible que se trate de una venganza personal, ¿no le parece?

—Sí, podría ser... Sí.

Trevor contemplaba sombríamente lo que quedaba de su coche: un montón de hierros negros. Los bomberos habían llegado casi al mismo tiempo que la Policía, habían apartado otros vehículos, y habían apagado el fuego del suyo..., cuando ya era sólo chatarra. El seguro pagaría, claro. ¿O no? A fin de cuentas no se trataba de un accidente propiamente dicho, sino de un atentado. ¿Qué debería decir la letra pequeña de su contrato sobre el particular?

El policía seguía hablando, pero Trevor no le escuchaba. Se dio cuenta de pronto, y lo miró.

—Escuche —le interrumpió—, soy amigo del teniente Mildford. Puede llamarlo a él, y seguro que lo arregla todo para mañana. Si tengo que declarar, o firmar algo, mañana. ¿De acuerdo? ¿Qué más demonios quiere usted? Le he demostrado mi licencia, y la de armas... ¿Qué más quiere?

—De acuerdo, señor North. Nos veremos mañana.

—Ah —North lo miró sorprendido—. Bueno, lo siento. Y gracias.

Se acercó a Janice, que permanecía cerca de la pared. Había gente en la calle, y en las ventanas de muchos apartamentos. North la tomó del brazo, y se encaminaron hacia el portal.

—Te bajaré el portafolios —murmuró.

—¿Crees prudente quedarte en tu apartamento? —murmuró a su vez Janice.

—¿Tú no?

—Han intentado matarte. Quizá insistan.

3

—Podría ser —admitió Trevor.

—Deberías pasar la noche en un hotel. O si lo prefieres, en mi apartamento. Yo también tengo música de Brahms.

—No puedo creerlo-masculló North.

Pero era cierto. En el amplio y confortable apartamento de Janice Corvin había de todo, incluida música de Brahms. Pero sólo había una cama, así que la solución era muy simple: Trevor North dijo que él dormiría en el sofá del salón. Janice dijo que muy bien y se retiró a su dormitorio, de donde regresó con una manta para el detective.

—¿Qué te ha parecido Brahms? —preguntó Janice.

—Ya te lo dije: tímido y sigiloso.

—Sí, es cierto. Yo prefiero a Chopin, en el fondo. Cuando menos, es más apasionado. Sugiere... más cosas, más vitalidad. ¿No estás de acuerdo?

—Pues no sé —reflexionó Trevor—. Nunca lo había visto de ese modo, pero no rechazo tu opinión, ni mucho menos. Sí, podría ser. Después de todo, compuso su música siendo muy joven, y estaba enamorado... Podría ser.

—¿Tú has estado enamorado alguna vez? —se interesó Janice.

—¿Enamorado... de verdad?

—Eso he preguntado exactamente.

—Pues no. Y lo siento, pero no. ¿Y tú?

—Tampoco. Bueno, he tenido amigos, ya me entiendes...

—Sí, lo entiendo —masculló Trevor.

—No tienes derecho a tomártelo a mal —sonrió Janice—, ni se puede decir que tú seas un casto varón,

¿no es cierto?

—Es cierto. Vamos a ver: ¿qué clase de juego te traes con todo esto de la Sweet Marriage Agency? Y no me vengas con tonterías, cariño, porque tú no eres mujer de agencia. Eres demasiado personal, demasiado inteligente para eso.

—Y tú eres muy amable —sonrió Janice—. Tienes razón, no buscaba un hombre para casarme, ni cosas...

parecidas. Se trata de una novela que estoy preparando, y quería saber

cómo funcionaba eso de las agencias matrimoniales. Me pareció que el mejor modo de saberlo era yendo directamente al grano, así que me apunté.

—Eres una chica decidida, de acuerdo. ¿He sido el primero que te han proporcionado allá, el primer seleccionado por la computadora?

—No, no —rió ahora Janice—. ¡El octavo!

—¡Dios mío! ¿Y todos han venido aquí...?

—No. Los otros siete eran cretinos: lo único que querían era un sexo.

3

—¿Llegaste a un acuerdo con ellos?

—Oh, sí... ¡Los envié con viento fresco! Oye, no me las estoy dando de tierna doncella, ¿entiendes? Pero una cosa es que yo quiera saber cómo funciona una agencia matrimonial y otra cosa es que me acueste con los tipos que me envíen la verdad es que ya he debido darme de baja de la agencia. Lo haré mañana.

Realmente, ya no necesitaba los servicios de esa agencia. Buenas noches, Trevor.

—Buenas noches.

Janice le sonrió y se retiró. Trevor se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. Cuando lo terminó, se acercó al tocadiscos, y puso un LP con música apagó la luz, agarró la manta, y salió al pasillo, que recorrió hasta la puerta del dormitorio. Se quedó allí, mirando a Janice, que ya se había acostado y estaba leyendo un libro. Ella le miró.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—¿Qué estás leyendo?

—Criminología.

—Ah, eso es muy interesante —Trevor se acercó, se sentó en el borde

de la cama y miró la tapa del libro—. Pero estás leyendo un libro un poco arcaico. Actualmente, los hay mejores.

—¿Podrías recomendarme alguno?

—Desde luego.

—Gracias. Indudablemente, tener como asesor a un detective privado debe ser muy interesante para una novelista de mi genera.

—También sería interesante para mí disponer de una persona con imaginación con la que poder cambiar impresiones sobre algunos de mis trabajos... ¿Estás oyendo a Chopin desde aquí?

—Claro. No soy sorda.

—¿Por qué has dicho que ya no necesitabas a la Sweet Marriage?

—Adivínalo: para eso eres detective.

—No me gusta dormir en un sofá —gruñó Trevor.

—Te comprendo. A mí tampoco.

—Pues estamos en un aprieto.

—Yo diría que exageras.

Trevor North dejó de mirar los ojos de Janice para posar su mirada en los hombros y senos de la muchacha, prácticamente al descubierto, pues la camisita de dormir era deliciosamente reducida y ligera.

Janice Corvin era sencillamente espléndida...

—¿En qué estás pensando ahora? —preguntó ella.

De nuevo la miró Trevor a los ojos.

—Estaba pensando que si alguna vez soy rico me compraré una computadora especial, y programaré en ella toda la música buena del mundo. Creo que será mucho más práctica que un tocadiscos, y desde luego, más que un piano. ¿Te imaginas? Vas a la máquina, tecleas el nombre de la pieza y del autor, y ¡hale! ya 3

tienes tu música en marcha.

—¿Existen computadoras así?

—Deberían existir. Si han inventado computadoras para llevar contabilidades, facturaciones, y hasta para jugar al ajedrez, ¿por qué no habrían de haber inventado una computadora musical?

Janice reflexionó unos segundos antes de decir:

—Podríamos preguntar a la IBM si tiene esa clase de computadoras, y si alguna vez somos ricos, compramos una.

—Es una buena idea... ¿Por qué hablas en plural, por qué dices «compramos»?

—Es que no tengo la menor intención de separarme de ti, Trevor.

—¿Puedo besarte la garganta?

Janice no contestó. Trevor North asintió, como dándose la razón a sí mismo, y se tendió junto a la muchacha. La abrazó y la besó en la garganta. De nuevo notó cómo la carne de ella se erizaba. Oyó la voz de ella, susurrante:

—El tocadiscos es automático: se parará solo.

North, detective privado, no contestó. La verdad era que ya no se acordaba de Chopin.

CAPÍTULO VI

Janice abrió los ojos y se quedó mirando el techo. Luego miró hacia la ventana. Estaba nevando. Acto seguido vio su camisita de dormir en el suelo. Sonrió y se volvió a mirar el otro lado de la cama. Trevor no estaba. Miró entonces hacia la puerta del dormitorio, recordando que, precisamente, se había despertado por el rumor de la voz de él.

Saltó de la cama, desnuda. La calefacción era perfecta. Miró el reloj de la mesita de noche; eran las nueve y media de la mañana. Metió los pies en las zapatillas, y se dirigió hacia el salón: Trevor estaba sentado en un sillón, sólo con el pantalón del pijama. Hablaba por teléfono, pero la miró de arriba abajo, sonrió, y simuló morder algo. Janice rió quedamente, estremeciéndose al recordar las delicias de la noche pasada en brazos del detective. Se acercó a él, y se sentó en sus

rodillas. Lo besó en la boca, y dijo:

—Buenos días.

—Buenos días —dijo North—. ¡No, no es a ti, Joe! Estás preciosa esta mañana, cariño... ¡Te digo que no es a ti, hombre!

—¡...!

—Escucha, estamos hablando en serio, ¿verdad? De modo que búscame a ese tipo, Sidney Ransom. Ya te he dicho cómo es, no sé nada más de él: alto, rubio y asquerosamente guapo; treinta y un años.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó Janice.

—De todo —dijo North—, pero abundante y alimenticio de verdad, porque las piernas no me aguantan.

¡Vaya nohecita me has proporcionado, fea! ¡Jolines, Joe, que no te lo digo a ti!

—Yo había pensado que podríamos empezar el día con una maravillosa sesión de amor —susurró Janice.

—De acuerdo: haremos el amor después de desayunar... ¡Joe vete al cuerno! Dame un besito, mi vida...

3

—Será mejor que cuelgues —rió Janice—, o a Joe le va a dar un ataque de nervios.

—Tienes razón. Joe... ¿Estás ahí, Joe?

—¡...!

—Vale. Oye, que me busques a Sidney Ransom en vuestros ficheros, o en los del FBI, o en los que quieras. Adiós, tengo que desayunar y hacer el amor.

—¿...?

—¡Cómo que con quién! —farfulló North—. ¡Vete al demonio!

Colgó. Se quedó mirando la garganta de Janice, y ésta, sonriendo, alzó la barbilla. Trevor North besó la barbilla y la garganta. Luego, abrazando fuertemente a Janice, la besó en un seno.

—Tengo que llamar a otro amiguete —dijo.

—Iré a preparar el desayuno.

Se volvieron a besar. North estuvo mirándola mientras se encaminaba hacia la puerta del salón. Cuando dejó de verla soltó un bufido, y marcó otro número. El amigo que tenía que localizarle el coche de los dos sujetos no estaba en su oficina, porque, precisamente, se estaba interesando por el asunto. Trevor dijo que estaría esperando la llamada y dio el número del teléfono de Janice.

Encontró a ésta en, la cocina, todavía desnuda, preparando el café.

—Yo me encargo de los huevos —dijo North.

Janice le miró, relampagueantes los ojos, y se echó a reír. North la miró de soslayo, sonriendo y comenzó a cascar huevos sobre un plato.

—Está nevando —dijo. Janice—. ¿Quieres que vayamos a correr un poco por Central Park?

—Espero una llamada. O dos. Además, aunque soy un hombre muy fuerte, tengo mis límites. No puedo hacerlo todo a la vez: freír huevos, hablar por teléfono, hacer el amor, correr... En la vida hay que tomar decisiones con frecuencia. ¿Qué decides tú ahora?

—Comerernos otro día —contestó en el acto Janice.

—Dame un beso..., digo la sal.

Janice le proporcionó la sal, y además le dio un beso. El detective la abrazó por la cintura y la apretó contra él.

—Voy a decirte algo que no querrás creerlo.

—¿Qué?

—Me cae bien la Sweet Marriage Agency.

Y tuvo que besar a Janice en la garganta, porque ella se echó a reír una vez más.

El teléfono sonó casi a las once, cuando habían sido cubiertos dos de los objetivos de aquella mañana por parte del detective North: desayunar abundantemente y hacer el amor. Dos cosas estupendas. A ver la tercera...

—¿Sí? —fue a atender la llamada Trevor—. ¡Hombre, Ricky...! ¡Por fin! ¿Lo has conseguido?

3

—¡Estupendo! A ver, dime, el nombre del tipo... ¿Tienes su dirección, supongo? Sí... Sí, sí, entendido.

Vale. Te debo un favor. ¡Eres un tío cojonudo, Ricky!

—¿...?

—¿Qué dónde estoy? Ah, ya. No, no estoy en mi apartamento.

—¿...?

—¿Y a ti qué huevos te importa dónde estoy?

Colgó, y regresó al dormitorio. Janice le sonrió desde el lecho, y se desperezó.

—¿Me prestas tu coche? —pidió Trevor.

Janice Corvin se quedó mirándolo estupefacta.

—Cielos, ¡Qué pregunta! —exclamó—. ¡Te lo he dado todo y ahora me preguntas si te presto mi coche!

—Es que el mío se quemó anoche.

—Bueno, en ese caso tendrás coche y chófer.

—¿No tienes que trabajar hoy?

—Y estaré trabajando: mi personaje central será un detective i privado que descubre un caso de varios asesinatos en cadena relacionados con una agencia matrimonial, así que voy a dedicarme a estudiarte.

—Tienes que darte de baja en la agencia —recordó Trevor.

—¿Y tú no?

—Vístete, si quieres acompañarme. Tengo algo urgente que hacer.

* * *

—Janice detuvo el coche. Trevor miró hacia el portal del edificio frente al cual se habían detenido. Luego, miró calle arriba y calle abajo... En seguida vio estacionado el coche cuya matrícula había tomado en Perth Amboy. Muy bien.

—Espera aquí —murmuró.

—Yo preferiría...

—No. Espera aquí.

Se apeó y fue directo al portal. Encontró el nombre en uno de los buzones para la correspondencia: Alfred Bungham. Sí señor, Ricky había trabajado rápido y bien. El tal Bungham, propietario del coche, ocupaba el apartamento 2 B. La cuestión era si lo encontraría solo o con el otro tipo. En el supuesto de que todavía estuviera en el apartamento casi a las doce de la mañana, claro.

No estaba. Trevor se convenció de esto tras llamar varias veces. Desde un apartamento vecino llegaba el rumor de un programa de televisión. El detective titubeó unos segundos, pero acabó por decidirse. Utilizó la ganzúa que siempre llevaba en su llavero. En menos de diez segundos estuvo dentro del apartamento.

Cerró tras él y quedó inmóvil, escuchando. Parecía que no había nadie. Y sin embargo, el coche estaba en la calle, de modo que cabía suponer que el tal Bungham estuviera en casa.

Dos ventanas daban a la calle, y por ellas entraban un resplandor lechoso. Ya no nevaba, pero había nieve en las calles. Sí, Bungham no podía estar muy lejos.

Trevor recorrió el apartamento en pocos segundos, y luego dedicó su atención al armario. No encontró nada de particular. Era un apartamento no demasiado caro, pero sí confortable, agradable. Estaba claro que a Bungham no le iban mal las cosas, ni mucho menos. ¿Y si llamaba desde el teléfono del propio Bungham a Joe Mildford, para preguntarle si Bungham estaba fichado por algo y si sabía ya alguna cosa sobre Sidney Ransom?

No tuvo tiempo. Oyó de pronto el sonido de la llave en la cerradura y se apresuró a esconderse tras la puerta del dormitorio. Se oyó el golpe de la puerta al ser cerrada. Por la juntura de la puerta y el marco vio a Bungham, cargado con un par de paquetes con comestibles. Seguramente, tenía un supermercado muy cerca. Por supuesto, lo reconoció en el acto como uno de los dos agresores. Estuvo unos segundos escuchando. Bungham se movía por la cocina. Trevor salió del dormitorio sigilosamente, y llegó ante la puerta de la cocina. Bungham estaba de espaldas a él, colocando cosas en el frigorífico. Sobre la mesita había otro paquete, por el que asomaba fruta. Trevor se acercó, silencioso, tomó una manzana con la mano izquierda, se la llevó a la boca, y mordió golosamente.

De espaldas frente a él, Alfred Bungham respingó y se volvió vivamente. Se quedó mirando con ojos desorbitados a Trevor, que masticaba ruidosamente la manzana, y que le sonrió.

—Hola —saludó—. ¿Dónde está su compañero?

Bungham lanzó una exclamación y comenzó a mover su mano derecha. Trevor sacó la suya del bolsillo, empuñando ya su 38, con el que apuntó a Bungham, sin dejar de masticar. Bungham quedó inmóvil.

Trevor terminó de masticar, y tiró el resto de la manzana hacia el otro, que la cogió al vuelo instintivamente, con las dos manos.

—Eso es —dijo Trevor—. Siga sosteniendo la manzana. Mientras tenga las manos ocupadas con ella, todo irá bien... para usted. Repetiré la pregunta: ¿Dónde está su compañero?

—No lo sé.

—¿No viven juntos?

—No.

—De acuerdo. Pero sí trabajan juntos. ¿Para quién? ¿Quién los envió a

la casa de Perth Amboy a buscar a Sidney Ransom? ¿Para qué lo buscan, y por qué allí, en casa de su mujer, qué saben ustedes de Ransom?

Bungham apretó los labios. Trevor ladeó la cabeza, entornó los párpados, y sonrió. Janice tenía razón: sonreía como podría hacerlo un tigre. Quizá fue por eso que Bungham se pasó la lengua por los labios, y miró el revólver del detective.

—Amigo Bungham —susurró North—, quiero advertirle que tengo más mala leche que un pavo en vísperas de Navidad. Yo creo que los pavos se dan cuenta de cuándo llega Navidad y lo que les espera, así que se ponen de mala leche. ¿A quién puede gustarle que lo maten, lo desplumen, lo rellenen de ciruelas y lo metan en un horno? ¡Imagínese si los pavos se han de poner de mala leche! Bueno, pues yo soy peor que un pavo en vísperas de Navidad. ¿Me ha comprendido? Sobre todo, cuando dos tipos, después de intentar maltratarme por la mañana, por la noche me tirotean y me incendian el coche... ¿Qué le pasa?

Bungham lo miraba atónito, ahora.

—¿Está usted loco? —gruñó—. ¡Nosotros no le tiroteamos en ningún momento!

—¿No? ¿Ni provocaron el incendio de mi coche cuando una de sus balas alcanzó el depósito?

4

—No tengo ni idea de lo que está usted diciendo.

—Tengo el palpito de que está diciendo la verdad —masculló Trevor—, con lo cual tenemos el asunto cada vez más embrollado, ya que si no fueron ustedes, ¿quién quiso matarme?

—Nosotros, no.

—De acuerdo, de acuerdo. Buscaré la solución de esa parte del crucigrama por otro lado. Pero ustedes sí estuvieron en la casa de la señora Ransom, ¿verdad? Estos feos ojitos los vieron a la

perfección..., señor policía. ¿Quién los envió, por qué buscan a Sidney Ransom?

—No me asusta usted —sonrió de pronto Bungham—. Ayer pudo matarnos a mi compañero o a mí, o quizá a los dos, y metió la bala en la hierba. Es usted un blando. No tiene cojones para preocuparme.

Trevor North parpadeó, en verdad pasmado. Luego, cogió otra manzana, pareció que fuese a morderla y, de pronto, con la zurda, la lanzó fuertemente hacia Bungham. El impacto, tremendo, se produjo en un ojo del sujeto, que lanzó un bramido, soltó la manzana que sostenía y se llevó ambas manos al ojo. Trevor dio dos rápidos pasos hacia él, cerró el puño izquierdo y lo hundió de modo terrorífico en el estómago de Bungham, que emitió un quejido ahogado y se dobló hacia delante. La rodilla derecha de Trevor le golpeó en plena nariz, con tal fuerza que casi lo alzó, todavía doblado sobre sí mismo, y pareció que fuese a meterlo dentro del frigorífico. El detective se guardó la pistola rápidamente en el bolsillo, asió a Bungham por las solapas, lo puso en pie de un tirón y le descargó un espantoso trallazo con la derecha en el estómago. Luego, con la izquierda. Seguidamente, de un tremendo bofetón lo dejó sentado en una silla, encogido. La mano izquierda de Trevor se metió bajo la ropa de Bungham, localizó la pistola y se la guardó en otro bolsillo.

—Muy bien, amigo Bungham —farfulló North—, acabamos de empezar a divertirnos. Ahora viene la segunda parte...

—La Sweet Marriage —jadeó Bungham—. ¡Nos envió la Sweet Marriage!

Trevor quedó desconcertado, pero sólo un instante. Su mente funcionó a toda prisa. ¿La Sweet Marriage?

De acuerdo. ¿Por qué no? El mismo había estado allá, preguntando a la bella señorita Newberry por Sidney Ransom. Cabía suponer, con buena lógica, que ella hubiese llamado a Ransom a la casa de su mujer, para preguntarle si la autorizaba a darle su dirección a un tipo llamado Trevor North... Hasta aquí, tenía sentido. Pero no tenía sentido que la señora Ransom no le hubiese informado a él de aquella llamada que sólo ella podía haber atendido; ni tenía sentido que por el simple hecho de que Sidney Ransom no estuviese en casa para atender personalmente a la señorita Newberry, ésta enviase a dos tipos armados interesándose con muy malos modos por Sidney Ransom.

A veces no es bueno dedicarse a pensar.

Alfred Bungham sorprendió realmente a Trevor North, al lanzarse contra su vientre de cabeza. El detective soltó un bufido al recibir el golpe, y retrocedió, tropezó, y cayó sentado. Bungham asió un cuchillo que había sobre el mármol, y se abalanzó sobre North, con el rostro desencajado por la furia. El choque se produjo cuando North comenzaba a ponerse en pie, llevando la mano hacia el bolsillo donde había guardado imprudentemente el revólver. Consiguió meter la mano en el bolsillo, pero no sacarla, porque Bungham le agarró la muñeca con su izquierda, empujándolo, derribándolo de nuevo, y lanzando una centelleante cuchillada de arriba abajo hacia el pecho de Trevor. Este aferró a su vez, en el aire, la muñeca de Bungham, frenando la cuchillada que le habría partido el corazón. Los dos hombres estaban pálidos, demudados, Bungham encima, forcejeando para bajar la mano, y el detective, a su vez, intentaba sacar la suya del bolsillo. Se miraban a los ojos, jadeando ambos. Alfred Bungham tenía una fuerza colosal, y además estaba encima, de modo que tenía la ventaja del peso propio.

Trevor desvió la desorbitada mirada hacia la reluciente hoja que se iba acercando ahora a su rostro. Sus dedos crispados intentaban empuñar bien la pistola. El cuchillo iba bajando. Los dedos de North 4

consiguieron asir la pistola, la desplazaron hacia la palma de la mano, la empuñó...

El estampido del disparo sonó ahogado. Bungham se estremeció y abrió aún más los ojos. Se olió a ropa quemada. El cuchillo escapó de la mano de Bungham y cayó al suelo, rozando una mejilla del detective.

Un gemido ronco brotó de la boca de Bungham, que se desplomó acto seguido sobre North. Se estremeció su cuerpo, de su boca brotó una bocanada de sangre que salpicó el rostro de Trevor. Este lanzó un grito ahogado, empujó a Bungham haciéndole rodar a un lado, se puso en pie de un salto y corrió hacia el cuarto de baño, donde vomitó impetuosamente. Luego, se quedó mirándose al espejo de encima de!

lavabo, manchado de sangre el lívido rostro.

—La madre... que te parió... —jadeó.

Se lavó la cara, y regresó a la cocina. Alfred Bungham estaba muerto. Arrodillado junto al cadáver, North estuvo casi un minuto intentando encontrar algún signo de vida, en vano. Retiró la mano del cuello de Bungham y se incorporó. Tenía el gabán agujereado y quemado. Y había matado a un hombre. Tenía que llamar a Joe Mildford, para decirselo. O a su abogado. Mejor, a los dos.

—Pero no ahora —murmuró.

Estaba metido en un lío, y lo sabía. Pero precisamente, ya que estaba en el lío, no iba a dejar que fuesen otros los que le buscasen una solución: era él quien tenía que hacerlo.

Cuando se sentó en el coche junto a Janice, ésta se quedó mirándolo con visible sobresalto.

—¿Qué te pasa? —exclamó—. ¡Estás pálido!

—He matado a un hombre.

Janice también palideció. Pareció que fuese a decir algo, pero no fue así. Trevor le dirigió una mirada de reojo.

—Llévame a la Sweet Marriage —masculló.

CAPÍTULO VII

La recepcionista era la misma chica mona de la voz anterior. Y en el despachito, ¡cómo no!, estaba la misma señorita Newberry, angelicalmente rubia, y que esa mañana llevaba un precioso jersey blanco de cuello amplio, que permitía ver su bonita garganta, pero no lo era tanto como la de Janice. O al menos, eso pensó Trevor.

—Ah, señor North —se puso en pie Adele Newberry, sonriendo amistosamente—. ¿Qué tal? ¿Viene a presentar alguna queja, o a agradecer nuestros servicios?

Había acudido a su encuentro, como la vez anterior, con la mano tendida. Además de preciosa era simpática y cordial, y muy atenta, sin la menor duda. North aceptó la mano, estrechándola, pero no la soltó acto seguido, sino que la retuvo en la suya, grandota y fuerte.

—Señorita Newberry —dijo amablemente— estamos en un lío.

—¿Quiénes? —se sorprendió ella, intentando en vano retirar su linda

manita.

—Adivínelo.

—Bueno... Nosotros pasamos el informe de usted a cierta señorita... ¿Entiendo que ella se puso en contacto con usted y ha ocurrido entre ustedes algo... desagradable?

4

—No, no. Al decir que estamos en un lío, no me refiero a la señorita Corvin y a mí. Cuando digo nosotros me refiero a usted y a mí.

Adele Newberry intentó otra vez retirar su mano, con el mismo resultado. Miró ambas manos unidas, y de nuevo a los ojos al detective.

—¿Se refiere usted al lío que parece haberse formado con nuestras manos y que impide que podamos separarlas?

—Oh, no. Esto es pura satisfacción personal por mi parte. ¡Me encantan las manos bonitas de mujer!

—Me hago cargo. Pero si fuese tan amable de soltarme.

—Acabo de matar a Alfred Bungham —dijo tranquilamente Trevor North.

Adele Newberry palideció y pareció que se olvidase completamente de su mano.

—¿Qué... qué dice usted...? —tartamudeó.

—Conocía usted a Bungham, ¿no es cierto?

—¡Señor North, si esto es una broma de mal gusto...!

—No estoy para bromas. ¿Conocía usted a Bungham?

—¡Claro que no!

Trevor ladeó la cabeza. Sus dedos apretaron fuertemente la femenina

mano. Adele emitió un gemido y en su lindísimo rostro apareció una expresión de dolor.

—¿Le ocurre algo? —preguntó ingenuamente el detective.

—¡Me va a romper la mano! —jadeó la muchacha.

—Vamos, vamos, no sea llorona... ¡No me diga que un cálido y afectuoso apretón puede lastimarla!

Apretó más. Adele Newberry emitió un gemido, retorció el cuerpo como si con esto pudiera conseguir librarse, y finalmente cayó de rodillas ante North, que frunció el ceño.

—¿Se va a poner a rezar ahora? ¡Es usted chocante, de veras, señorita Newberry!

—¡Me... me está... rompiendo los huesos...!

—Lo que le voy a romper va a ser la cara, de un rodillazo, si no contesta adecuadamente a mi pregunta;

¿conocía usted a Alfred Bungham?

Todavía apretó un poco más. Adele Newberry estaba lívida.

—¡Sí! —gritó—. ¡Sí, sí, lo conocía, lo conocía...!

—Yo también lo conocía, valiente —dijo una voz tras North.

El detective quedó inmóvil. Conocía aquella voz, aunque no formaba precisamente parte de sus buenos recuerdos: era la del amigo de Bungham, el otro sujeto que había estado visitando a Vivien Ransom en Perth Amboy.

Adele retiró su mano de un tirón, y se puso en pie. Tenía los ojos llenos de lágrimas de dolor, pero la expresión de éste desapareció, y apareció una de furia.

—¡Cerdo asqueroso! —chilló histéricamente.

Trevor intentó esquivar el puntapié dirigido perversamente hacia sus testículos, pero sólo lo consiguió a medias. Lanzó un bufido, y se llevó las manos al lugar golpeado. Vio venir las manos de Adele, directas hacia sus ojos, y lanzó una exclamación ahogada, apartándose, girando. Quedó casi de frente al sujeto, que alzó la pistola y le golpeó en un lado de la frente, derribándolo. North tuvo la sensación de que acababan de clavarle un clavo en la cabeza, que le produjo un dolor horrible, insoportable. Se llevó ahora las manos a la frente..., y recibió un puntapié en un costado que hizo crujir sus costillas. Le faltaba el aire, y lo veía todo negro y como mezclado con salpicaduras extrañas de rojo.

—¡Mátalo! —oyó, muy lejana, la voz de Adele Newberry—. ¡Él ha matado a Alfred!

—Ya lo he oído. Vine corriendo hacia aquí en cuanto Patricia vino a decirme que este tipo había vuelto.

Lo vamos a matar, pero no ahora, ni aquí. Es mejor que pueda caminar. Y además, tenemos que conversar con él.

La visión se fue aclarando ante los ojos de Trevor. Se sentó en el suelo cuando, todavía vagamente, percibía que el sujeto le quitaba su revólver y la pistola de Alfred Bungham. Cuando su visión se aclaró completamente, Adele y el hombre estaban frente a él, de pie; tuvo que alzar la cabeza para mirarlos.

—El señor North, detective privado —sonrió fríamente el hombre—. Volvemos a vemos, señor North.

Trevor estuvo a punto de replicar «para desgracia de usted», pero le pareció una fanfarronada estúpida.

No era el otro quien estaba en apuros ahora, sino él.

—Señor North, tenga la bondad de sentarse en ese sillón... Póngase cómodo, y tranquilícese. Charlaremos un poco.

Trevor se sentó en el sillón indicado. Le dolían los tres puntos golpeados, pero especialmente, cosa que le pareció rara, el costado; seguro, debía haberle roto por lo menos un par de costillas, aquel animal.

—Ten cuidado con él, Wesley —dijo Adele.

—Sí, ya sé que es un hombre peligroso. Veamos si he entendido la

situación, señor North, usted obligó a Bungham a decirle que nosotros dos teníamos algo que ver con la agencia, y luego lo mató. Y acto seguido, valientemente, se vino aquí... solo. ¿O ha venido con alguien?

—Con la policía —murmuró North—, toda la manzana está rodeada.

—¿Y le han dejado entrar sólo aquí? Es usted un idiota si cree que vamos a creernos eso. No, no, no, ha venido usted solo. Conozco a los tipos pundorosos y cabezones como usted. Pero vamos a dejar eso.

Díganos, señor North, ¿por qué busca usted a Sidney Ransom? ¿Es un encargo de la señora Ransom?

—Sí.

—Bien. Y naturalmente, buscando toda pista posible de Sidney Ransom, vino usted a la agencia.

Supongo que iría a otros sitios.

—Claro.

—Claro. ¿Ha conseguido algo? ¿Alguna pista del paradero de Ransom?

—No.

—Es una lástima —movió la cabeza Wesley Gifford—. Nosotros también le andamos buscando, ¿sabe?

Tenemos la idea de qué el guapo muchacho se ha largado con la guapa muchacha y los cien mil dólares.

4

Trevor aspiró hondo, pese al dolor en el costado. La conversación comenzaba a interesarle.

—¿Qué cien mil dólares? —preguntó.

—Verá usted cómo funciona esto... La agencia relaciona a muchas personas y, en infinidad de ocasiones, eso es lo que hace,

simplemente, es decir, que funciona como cualquier otra agencia de esta clase, cobra sus servicios, y asunto terminado. ¡Le aseguro que aquí se han gestado muchos matrimonios entre gentes de toda clase, y que la mayoría de ellos funcionan estupendamente! Pero, de cuando en cuando, tal como estaba previsto, aparecen clientes ricos... Especialmente, mujeres, porque los hombres se las arreglan mejor para buscar compañía sin ayuda de nadie, aunque estén ya algo viejecitos, y sobre todo si tienen dinero. Así que la mayor parte de nuestros clientes ricos son mujeres. Como la señora Ransom, por ejemplo. Como es natural, la Sweet Marriage no tarda en encontrarle un apuesto joven que asegura amarla... digamos adecuadamente, y que se adapta a la perfección a los deseos y exigencias que la propia diente nos ha expuesto. Casi siempre conseguimos que el asunto termine en boda. Esperamos un poco de tiempo, para que la dama presente a su marido a sus amistades y familiares, y entonces enviamos a la guapa muchacha...

—¿Qué guapa muchacha?

—La que hace pareja con el guapo muchacho para el chantaje. Un día, cuando ya el marido de la cliente rica está introducido adecuadamente en la vida de ésta, aparece la guapa muchacha... Pero vamos a utilizar nombres, para no liarlo a usted. El triángulo, en esta ocasión, lo han formado la señora Vivien Ransom, nuestro compañero Sidney Ransom y nuestra bellísima compañera Sussy Carlett. Sussy es la que se presentó un día en casa de los Ransom, demostró ser la esposa... todavía vigente del guapo Sidney Ransom. ¿Se imagina? ¡La pobre señora Ransom se entera de que se ha casado con un sujeto que acaba de cometer un acto de bigamia! ¿Qué puede hacer la señora Ransom? Evidentemente, muchas cosas, pero casi siempre opta por una de estas dos: o cede al chantaje, o avisa a la policía..., es decir, intenta avisar a la policía. Si tal hace, la eliminamos. Si se aviene a razones, negociamos con ella.

Trevor North sintió un lento escalofrío en todo el cuerpo.

—¿La eliminan? —susurró.

—Alfred y yo éramos los encargados de eso. Como usted habrá comprendido ya, tanto Sidney Ransom como Sussy Carlett trabajan como pareja fija para la agencia, haciendo siempre el mismo truco; si éste funciona, bien. Si no, eliminamos a la esposa, y el marido desaparece, y nunca es hallado..., ya que, naturalmente, ni Sidney Ransom se llama así ni vamos a ser tan tontos de utilizar personal que esté fichado de algún modo y que, por sus huellas o cualquier otro

dato, pueda ser localizado más adelante por la policía. Lo mismo con Sussy Carlett, naturalmente. Los dos, forman parte de la jugada. O sea, que ella se presenta en casa de él cuando hace poco que se ha casado, y amenaza con armar el gran escándalo.

Generalmente, las damas maduras que se han casado con el guapo Ransom prefieren pagar que correr el riesgo de que sus familiares y amistades sepan que les han tomado el pelo lindamente...

—Y si no quieren pagar, las matan.

—Efectivamente. Pero eso ya está explicado. Permítame que siga con lo que ocurre si la dama se aviene a razones: ella paga una cantidad, el marido sigue con ella unos días, luego dicen que no se entienden, se pelean, discuten..., y acaban por simular el divorcio. Por unos miles de dólares, la dama queda libre de pasar por la vergüenza de que todos se enteren de que ha sido burlada..., y si tiene la tonta idea de amenazar con la policía, le ahorramos incluso ese mal rato de vergüenza: la eliminamos. Este no fue el caso de la señora Ransom, que aceptó pagar cien mil dólares y seguir el juego. Todo, con tal de que sus amistades no se enterasen de que había estado casada con un bígamo que todo lo que quería era someterla a chantaje. Es un escarnio demasiado fuerte para que lo soporte una mujer que ya ha pasado de los cincuenta. Así que la señora Ransom decidió, pagar esa cantidad..., que no habría sido la última, aunque ella no sabe eso.

4

—Es decir, que la habrían seguido chantajeando.

—¡Naturalmente, señor North! Tenemos a muchas mujeres como la señora Ransom en esa situación, y le aseguro que nos proporcionan increíbles ganancias... libres de impuestos, claro. Ya habrá comprendido, claro, que no sólo tenemos la pareja formada por Sidney Ransom y Sussy Carlett para estos trabajos, sino muchas parejas más de guapos muchachos que andan haciendo la misma jugada por todo el país. ¡Es un negocio fabuloso! ¿Sabía usted, señor North, que de un modo u otro el sexo siempre es un gran negocio?

—El mundo gira en torno al sexo —murmuró Trevor.

—¡Exactamente! Y nosotros le sacamos partido a eso, a las damas que ansían... compañía y no se atreven a salir a buscarla de un modo abierto, directo. Les seleccionamos su... diversión. Y luego la pagan. Y muy cara, por cierto. Sin embargo, siempre puede surgir algún fallo, y cuando es así, Alfred y yo nos encargábamos de buscarle una solución. A veces, eliminando a una clienta demasiado furiosa. A veces, eliminando a una de nuestras parejas que querían ser demasiado listos. Y éste parece ser el caso de Sidney y Sussy.

—O sea, que se han largado con el dinero, con los cien mil dólares que pagó la señora Ransom.

—Evidentemente. Estuvimos esperándoles unos días, por supuesto sin intentar acercarnos a la señora Ransom. Pero cuando usted vino aquí preguntando por Sidney, nos preocupó. Comprendimos que la señora Ransom le había contratado. Así que fuimos a verla. Ella no estaba en casa cuando llegamos Alfred y yo. La esperamos. Cuando llegó, nos acercamos a ella, y le preguntamos cómo se había atrevido a contratar un detective privado para que buscara a Ransom después de lo que había sucedido. Nos dijo que quería que él volviese, que no le importaba pagar todavía más dinero con tal de tenerlo a él... Y que por eso le había contratado a usted para que lo encontrara, ya que sabía que la Sweet Marriage no la informaría del lugar donde sería destinado Sidney Ransom después de su asunto para seguir operando.

Entonces, llegó usted, y lo complicó todo. Simulamos que no sabíamos nada de usted, que éramos policías... Queríamos que, de momento, se largase, y que siguiera buscando a Ransom, con el fin de que, en cuanto se lo dijera a la señora Ransom, ésta nos lo dijera a nosotros... si no quería pasar un mal rato.

Pero está claro que Sidney y su compañera de trabajo Sussy Carlett han sabido desaparecer sin dejar rastro.

—Y ustedes quieren encontrarles para darles un escarmiento.

—En efecto. Y no crea que es por los cien mil dólares, no. Para ellos dos ésa es una buena cantidad, y posiblemente lo pasarán muy bien en México o en cualquier otro país sudamericano durante una buena temporada, pero para nosotros cien mil dólares no es nada. Lo que sí tiene importancia es la... disciplina: comprenderá que no podemos permitir que un par de cerditos como Ransom y Sussy Carlett se burlen de nosotros.

—De modo que cuando los encuentren los eliminarán.

—Ellos se lo han buscado. Son dos jóvenes guapos, quizá se hayan enamorado uno del otro, se vieron con cien mil dólares en las manos y... decidieron vivir su vida, pero con dinero nuestro.

—Es usted chocante, de veras —sonrió secamente Trevor—; el dinero es de la señora Ransom.

—Son puntos de vista: en cuanto Sidney y Sussy lo recibieron, ya era de la Sweet Marriage. Así que queremos ese dinero, pero, sobre todo, queremos al par de guapos pichones que nos están tomando el pelo. ¿Realmente no ha conseguido usted encontrar ninguna pista de Ransom?

—Realmente, no.

—Bueno, tendremos que seguir buscándolo nosotros... Es decir, yo. ¿Dejó el cadáver de Alfred en algún sitio fácil de visitar?

4

—Está en su apartamento.

—Ah... Estupendo, será fácil arreglar todo esto. ¿Sabe una cosa, señor North?: debe ser cierto que hay una justicia divina, ya que usted acompañará a su última morada al hombre que ha matado. ¿Qué le parece?

—Que es usted un cínico y un criminal.

—¿Usted es mejor que yo?

—Tuve que defenderme. Era la vida de Bungham o la mía... Y le voy a decir una cosa: estaba deprimido y mortificado por haber matado a Bungham, pero ya no. Tanto él como usted no merecen más que ser barridos de la faz de la tierra.

—¡Qué frase tan literaria! Y ahora, señor North, ya que hemos conversado y opino que no nos sirve de nada mantenerlo con vida, iremos a un almacén donde le daremos el pasaporte y le

proporcionaremos una hermosa caja en la que viajará hasta el lugar donde reposará para siempre. Camine, por favor. Oh, un momento... Adele, llama por el intercomunicador a Patricia, y dile que vas a salir, que volverás dentro de un par de horas. No quisiera molestarte, pero necesito que alguien conduzca el coche, y como el pobre Alfred está muerto...

—Te acompañaré con mucho gusto a ver cómo matas a este asqueroso —dijo Adele.

—¡Guapa! —le dijo Trevor.

La bellísima rubia le dirigió una mirada asesina. Llamó por el intercomunicador a Patricia, quedaron de acuerdo, y se puso, un precioso abrigo con cuello de piel.

—Tenemos un ascensor que baja directo al estacionamiento subterráneo —dijo Wesley Gifford, mirando a Trevor—. Iremos los tres en él. Y, señor North, a mí lo mismo me da matarlo en el ascensor que en el almacén, de modo que usted verá si quiere morir cuanto antes o prolongar su vida lo máximo posible.

Estoy seguro de que me ha entendido.

—Sí.

—Pues vamos allá.

Salieron del despachito por la puerta del fondo, Adele en primer lugar, Trevor North tras ella, y Gifford cerrando la marcha, con la pistola empuñada dentro del bolsillo. No encontraron a ningún empleado de la agencia en el corto trayecto hasta el ascensor, que, en efecto, en pocos segundos los dejó en el estacionamiento. Adele fue a por su coche, lo detuvo delante de los dos hombres, y éstos ocuparon el asiento de atrás, después de que Gifford colocase un silenciador a la pistola, qué ya no guardó en él bolsillo, sino que mantuvo a la vista, apuntando al vientre del detective.

—Cuando quieras, Adele.

La rubia volvió la cabeza hacia atrás, mirando con odio a Trevor North, pero hablando para Gifford:

—Quizá deberíamos matarlo ahora y meterlo en el maletero. Si es un hombre peligroso.

—Nadie es peligroso con un balazo en el vientre. Y si tengo que dispararle en plena calle, no importa.

Seguiremos con él como si estuviese dormido. Mientras sea posible, prefiero no llevar cadáveres: huelen mal.

Dicho esto, Wesley Gifford emitió una risita, mirando malignamente a Trevor North, que estaba pálido.

Adele titubeó, pero optó por seguir las indicaciones de Gifford. Subió la rampa, apretó el mando que alzaba la puerta del estacionamiento y salió a la calle. Mirando de reojo, Trevor North vio el letrero de la 4

Sweet Marriage Agency. Pero no vio a Janice en el coche. Tal como habían convenido, la muchacha se había alejado, posiblemente estaba dando vueltas a la manzana, en la imposibilidad de estacionar.

—Hace un frío de mil demonios —masculló Gifford.

Trevor lo miró a los ojos, y captó la expresión profundamente fría y cruel de Wesley Gifford. Era un asesino profesional. Le parecía demasiado fuerte pensar que era un asesino nato... ¿Cómo admitir que alguien naciese ya siendo asesino, que asesinar formase parte de su modo de ser, de su carácter, de su temperamento? ¿Podía haber alguien así en el mundo? Quiso convencerse a sí mismo de que no..., pero, ciertamente, si alguien había así en el mundo, ese alguien era Wesley.

Sólo un pensamiento le confortaba, y por supuesto, muy escasamente: cuando Janice se cansase de esperarlo dando vueltas a la manzana, iría en busca del teniente Mildford, y le explicaría que él había entrado en la Sweet Marriage y que ya no había salido... Sí, el buen amigo Joe se encargaría de la agencia..., pero él estaría ya metido en una caja, quizá en compañía de Alfred Bungham, ambos preparados: para ser enterrados en cualquier lugar donde seguramente jamás serían hallados...

Pues no.

No, señor, no pensaba facilitarle las cosas hasta tal punto a la bella rubia ni al frío asesino. ¿Cuál era el único modo que tenía de intentar

fastidiarles y además hacer lo posible por salvar su vida? Sólo uno: atacar inmediatamente, pasase lo que pasase, porque si esperaba a estar en aquel almacén...

—¡Hey! —chilló agudamente Adele Newberry.

Trevor North y Wesley Gifford se sobresaltaron simultáneamente, y la mirada de ambos fue instintivamente, y expresando la misma alarma, hacia delante, donde había aparecido el otro vehículo, casi de frente... Trevor North vio, con la brevedad de un relámpago, la imagen del rostro de Janice Corvin al volante del coche agresor; un rostro palidísimo, muy abiertos los ojos.

La colisión se produjo con terrible estrépito de cristales, rechinar de neumáticos, fragor de chapa metálica arrugada, reventada... La cabeza de Adele Newberry se abatió con gesto brusco sobre el volante, que se hundió en su pecho con siniestro crujido. Wesley Gifford y Trevor North tenían que haber salido despedidos hacia delante, pero no fue así, porque la reacción del detective privado fue velocísima, lanzándose hacia el asesino profesional cuando el choque comenzaba a producirse. Su mano izquierda sujetó la derecha de Gifford, desviándola... El disparo chascó cuando, ahora sí, los dos hombres salían despedidos hacia delante.

North tuvo la sensación de que acababa de caer en una trituradora..., no, no, en una batidora, en una batidora, sí. Pero esto era sólo una sensación; su pensamiento consciente estaba centrado en Gifford, y en la pistola que éste quizá empuñase todavía. Lo vio sobre él, gritando, crispado el rostro. North no supo de dónde sacó su propio brazo, sólo supo que lo disparó contra aquel rostro crispado, contra aquella boca vociferante. La cabeza de Gifford se movió como un balón golpeado, apareció de nuevo ante los ojos del detective, que golpeó de nuevo. Se movió. Gifford estaba frente a él, con la nariz y la boca llena de sangre.

¡Pues muy bien, hombre...!

Le golpeó de nuevo, sintiendo otra vez aquel espantoso calambre que recorría su brazo y parecía estallar en todo el cuerpo. La imagen del rostro de Gifford era espantosa, de pesadilla... De pronto, North se dio cuenta de que estaba machacando el rostro a un hombre al que con la otra mano sujetaba por los cabellos, y que quizá estaba muerto ya.

Soltó a Gifford y se relajó.

Ya no supo nada más.

CAPÍTULO VIII

Cuando abrió los ojos vio el rostro de Janice inclinado sobre él. Parpadeó. Quiso hablar, y de su boca brotó algo que a él mismo le pareció como el maullido de un gato. Se aclaró la voz.

—Caramba —dijo—. ¡Caramba!

Vio un momento en el aire la mano tan bonita y bien manicurada de la fea escritora. Y luego la sintió, fresca, maravillosa, en una mejilla.

—¿Cómo te sientes? —susurró Janice.

—No tengo ni idea —volvió a maullar el detective—. Pero estamos vivos los dos, ¿no?

—Sí.

Trevor asintió agitando los párpados. Y de pronto, las imágenes de lo sucedido parecieron estallar en su mente con destellos cegadores. Miró a Janice con los ojos casi fuera de las órbitas.

—¡Estás loca! —aulló—. ¡Pudiste matarte!

—No. Iba bien sujeta al volante, y sabía lo que iba a hacer. El choque no me afectó a mí.

—Pero... pero... pero... ¡estás loca!

—Y tú también —apareció la cabeza del teniente Mildford en el campo visual de North—. Te has buscado una, buena esta vez, Trevor. ¿Por qué demonios, no me informaste de que habías matado a un tipo, y de todo lo que sabías del asunto?

—Quería resolverlo yo.

—Te apuesto lo que quieras a que lo mínimo que esto va a costarte será la retirada de tu licencia por un período no inferior a seis meses. Haré lo posible por evitarlo, pero... Bueno, quizá pese a tu favor lo que hemos descubierto gracias a ti.

—¿Qué habéis descubierto? —masculló North—. ¡Todavía no te he explicado nada!

—Lo ha hecho Wesley Gifford: no puede hablar muy bien, porque le partiste varios dientes, pero se le ha entendido todo —Mildford sonrió—. ¡Qué te parece con la Sweet Marriage!

—¿Y la rubia, la señorita Newberry...?

—Todavía está sin sentido. Tiene rota la mandíbula, varias costillas y una hematomía tremenda en sus bonitos pechos: parecen negros. Pero se salvará. Ahora iremos a la agencia para meter mano a sus archivos... ¡Demonios, me parece que hemos descubierto un buen nido de culebras, Trevor!

—Sí... Oye, Joe, no me tomes por tonto, pero..., ¿dónde estamos?

—En el hospital. No tienes nada serio: dos costillas fracturadas, y magulladuras. Tienes vendada la cabezota, eso sí. ¿Te sacudieron con una pistola?

—Sí... Sí, es cierto.

—Bueno, saldrás de ésta. Tendrás que declarar, y todo eso. Pero de momento permanecerás un par de días aquí, en observación.

—¿Qué quieres decir «en observación»? —gruñó North.

5

—Que eres tan feo que van a estar estudiando tu caso —farfulló el policía—. ¡Hombre, tiene guasa! ¿Qué demonios han de observar en ti sino cómo evolucionas en tu estado comatoso?

—Ya. Comprendo. Sí, comprendo —Trevor North miró alrededor, como buscando algo insólito en aquella simple habitación hospitalaria—. Bueno, me irá bien descansar un par de días. Respecto a mi licencia, Joe, te agradecería...

—Haré lo que pueda, pero ya sabes que yo no soy nadie importante. Además, no tienes qué preocuparte: tu novia te mantendrá todo el

tiempo que estés sin trabajar, si es que no tienes tu buen dinerito en el Banco..

—¿Mi novia? ¿Qué novia?

—¿Cómo que qué novia? —Mildford señaló a Janice—. Ella me ha dicho que es tu novia!

—Ah, sí. Hombre, es verdad, menos mal que me pasa algo bueno... Joe, te presento a Janice, mi novia.

—¡Vete al cuerno! —graznó el policía.

Y se alejó. Janice se sentó en el borde de la cama, riendo. Trevor le tomó una mano y se quedó mirándola.

—¿Qué hora es? —murmuró.

—Las cuatro y media de la tarde del día de autos —rió de nuevo Janice.

—¿Puedo fumar?

—Mejor que no. Y menos, estando en cama.

—Bueno, pues fuma tú: pensaré mejor aunque sea tan sólo viendo el humo.

—¿Qué es lo que has de pensar?

—Fuma.

Janice Corvin encendió un cigarrillo, y se dedicó a fumar. Trevor North se quedó mirando el humo. Muy bien, estaba en una cama del hospital nose cuántos, y la Sweet Marriage Agency sería puesta pronto fuera de juego. Movi6 las piernas y los brazos. Sí, señor, podía hacerlo. Se tocó el vendaje de la frente..., que por cierto no le impedía pensar.

Pensar.

Pensar.

Miró de pronto a Janice.

—¿Cómo quedó tu coche?

—Una semana de taller.

—¿No tienes otro?

—¿Otro coche? Oye, soy Janice Corvin, no Agatha Christie. Me gano bien la vida, pero nada más.

—Es que tengo que telefonar a la señora Ransom.

—De acuerdo. Entiendo eso. Pero..., ¿qué tiene que ver un coche con una llamada telefónica? Si se trata de telefonar —Janice señaló la mesita de noche, junto a la cama—; sólo tenemos que pedir línea a la

5

centralita del hospital, o directamente el número de la señora Ransom:..

* * *

Hacia poco qué había oscurecido cuando sonó el teléfono en la casa de la señora Ransom. Esta se hallaba en el despacho, de pie junto a la mesa, poniéndose unos guantes negros de fuerte piel. Vestía pantalones también negros, y un chaquetón de piel vuelta de tono oscuro; un encantador gorrito de piel completaba el atuendo, más bien deportivo que adecuado a aquella hora.

Con la mano que todavía tenía desnuda, la señora Ransom descolgó el auricular, lo dejó sobre la mesa, y abrió la recepción de sonido en el speakerphone.

—¿Diga? —preguntó, mientras comenzaba a ponerse el otro guante.

La voz de Trevor North sonó en el aparato amplificador, expandiéndose por todo el despacho:

—Señora Ransom, soy Trevor North.

—Ah, señor North... ¿Qué ocurre? ¿Lo ha conseguido?

Mientras hacía la última pregunta, una sonrisita sardónica pasó por los labios de Vivien Ransom; pero la sonrisita quedó como congelada en su rostro cuando llegó la respuesta de North:

—Sí... En efecto, señora Ransom: su marido ha sido hallado, finalmente.

Vivien palideció, sus ojos se abrieron mucho. Luego, una mueca dura se plasmó en sus finos labios.

—Oh, Dios mío —exclamó, con tono enternecido—. ¡Por fin! ¡No sabe cuánto se lo agradezco, señor North! ¿Dónde... dónde está Sidney ahora? ¡Quiero verlo en seguida, quisiera...!

—Bueno... Será mejor que se calme, señora. Mire, yo mismo estoy en un hospital de Nueva York, porque han ocurrido muchas cosas...

—¿Qué le ha ocurrido a Sidney? —exclamó Vivien, ya puestos los dos guantes, un poco más serena.

—Está en otro hospital. Acabo de enterarme gracias a un teniente de Departamento de Policía amigo mío.

Bueno, su marido no está muy bien, desde luego. Por eso lo trajeron a un hospital de Nueva York.

—No comprendo, señor North...

—Verá usted, señora, tanto su marido como la muchacha que le acompañaba...

—¿Qué muchacha? —jadeó Vivien, palideciendo de nuevo.

—Déjeme que le explique, por favor. El señor Ransom fue hallado precisamente cerca de la casa de usted, en compañía de una muchacha llamada Sussy Carlett, muy bonita, según parece. Pero el señor Ransom no llevaba documentación, no le conocían, y como su estado era grave, lo trasladaron a un hospital de Nueva York, junto con la muchacha... Parece que se salvarán ambos, de todos modos, pese a los balazos.

—¿Ba... balazos...? —Vivien se tambaleó.

—Sí... Les dispararon a los dos, los... los acribillaron y los dejaron tirados, según parece. Esto no está demasiado claro, sin embargo. En fin, el hecho cierto es que lo hemos encontrado, y que se pondrá bien.

Vivien no acertaba a moverse. No podía hablar.

—¿Señora Ransom? ¿Está ahí, señora Ransom? ¿Me oye...?

—Sí... Sí, le oigo —susurró Vivien.

—Ah, creí que se había cortado la comunicación... Mire, señora, yo comprendo perfectamente su ansiedad, pero creo que sería mejor qué no hiciera usted nada esta noche, que se quedara en casa; está nevando por las carreteras, el tráfico es terrible, y de noche... Bueno, si le parece bien, yo puedo pasar a buscarla mañana por la mañana, y la traeré a Nueva York directamente a ver a su marido. Quizá incluso mañana esté mejor, y pueda hablar con él. ¿Le parece bien, señora Ransom?

—Sí...Sí, creo... creo que eso es... muy razonable.

—Estupendo. No se preocupe. Descanse tranquila. ¿De acuerdo, señora Ransom? ¿Hasta mañana?

—Sí... Sí, hasta mañana. ¡Y gracias, señor North!

—Sólo he hecho mi trabajo, señora. Adiós.

—Adiós...

En el despacho se oyó el «clic» del teléfono utilizado por Trevor North, al ser colgado el auricular.

Durante unos segundos, Vivien estuvo inmóvil. Luego, cerró el amplificador, colgó el auricular. Movié la cabeza, con un gesto entre perplejo y negativo. Claro que no podía ser Sidney el hombre que habían encontrado indocumentado cerca de su propia casa y acribillado a balazos, ¡imposible! Seguramente, había una confusión. Sí, eso debía ser. Pero... aquella muchacha que le acompañaba. ¡Era demasiada coincidencia!

Vivien se dejó caer en el sillón. Se miró las manos, enguantadas en negro. Sí, lo iba a hacer aquella noche, naturalmente. Ya no tenía por qué esperar más, después de lo que había visto en Nueva York aquella mañana, frente a la Sweet Marriage Agency. Todo estaba bien, y ella sólo tenía que hacer la última parte, aprovechando que Esther todavía no había vuelto. La llamaría al día siguiente, pues ya no importaría

que estuviese en casa. Ya no importaría nada, porque todo estaría hecho, todo ajustado, las cuentas saldadas...

Se puso en pie, todavía mirándose los guantes.

—No pueden ser ellos —dijo en voz alta—. Iré a ver ¡de todos modos ya tenía que llevármelos!

Salió de la casa y fue al garaje, a la derecha. Alzó la blanca puerta, entró en el garaje, cerró la puerta, y encendió la luz. Pasó junto al coche, encarado ya hacia la puerta, caminando hacia el fondo del garaje.

Alzó el maletero del coche. Luego, se volvió hacia el fondo del garaje, y se quedó mirando la pila de leña.

Se tranquilizó. ¡Claro que no habían encontrado a Sidney Ransom y a la muchacha llamada Susy Carlett!

Bien protegidas las manos por los guantes, comenzó a retirar leños, que fue depositando a un lado. En tres minutos, apareció el primer gran saco de plástico, con la boca bien cerrada por medio de un cordel fino.

Agarró por aquí el saco y tiró de él. Dentro del saco de plástico se veía la forma humana, destellaban unos rubios cabellos. Vivien Ransom comenzó a jadear, la transpiración apareció en su todavía tersa frente cuando terminó de sacar de debajo de la leña el segundo saco de plástico, que contenía el cadáver de la muchacha... Rió quedamente. ¡Claro que estaban allí! ¿Cómo no habían de estar allí los dos, si ella misma los había matado con su revólver, el viejo revólver que perteneciera a su primer marido?

«¿A quiénes habrán encontrado también muertos a balazos la Policía? —se preguntó Vivien—. Bueno, no importa. Sean quienes sean, todo lo que tengo que hacer mañana es decir que el hombre del hospital no es mi marido, y ya está. Ahora tengo que ocuparme de esto...»

Fue toda una proeza para una mujer como ella conseguir meter en el maletero la bolsa que contenía el cadáver de Sidney Ransom. La bolsa conteniendo el cadáver de Sussy Carlett la manejó con menos dificultad. Se sentía cansadísima cuando terminó y bajó la tapa del maletero, pero sabía que no podía dejar 5

la leña como estaba. Todo tenía que estar en orden, todo. Se dedicó a apilarla de nuevo. Todo quedaría como si nada hubiese ocurrido, como si allí no hubiesen habido jamás dos cadáveres metidos en sendas bolsas para evitar que la fetidez de la muerte pudiera extenderse. Así, muertecitos, bien metidos en los sacos de plástico herméticamente cerrados...

Pero..., ¿qué se habían creído? ¡Habían querido no sólo extorsionarla, sino burlarse de ella! Desde luego, cuando le dijeron lo que pretendían sintió que le clavaban un puñal en el corazón, porque casi había empezado a creer que Sidney realmente, sentía cuando menos un tierno afecto por ella; se habría conformado con eso. ¡Era tan hermoso...! Sí, había disfrutado de él, pero luego, llegó la preciosa jovencita, se reunieron en el despacho, y le explicaron, sonriendo socarronamente, de qué se trataba.

Dinero, simplemente. Mientras los escuchaba, Vivien había pasado por varios estados de ánimo, hasta que todo quedó en una sorda, silenciosa, terrible furia que hacía temblar sus manos. Y de pronto, sus manos dejaron de temblar. Ya no sentía furia. Sólo un odio espantoso, que le causaba dolor en el pecho. ¿Querían dinero? ¿Cuánto? ¿Cien mil dólares? Oh, sí, muy bien, les pagaría...

Ella abrió la caja fuerte, recordando con toda lucidez que Esther no estaba en casa. Claro: Sidney había esperado precisamente esta ocasión para que llegase su amiguita, aquella hermosa, aborrecible muchacha... Estaban los tres solos en la casa, en el despacho. ¿Querían dinero? ¡Oh, vaya, qué listos eran!

Recogió el revólver en lugar del dinero, se volvió, apuntó a Sidney, que palideció y se puso en pie de un salto. Lo vio como si fuese un sorprendente robot amoroso, un hijo nacido del frío vientre de una computadora que proporcionaba amor por quinientos dólares a seres solitarios, feos, tímidos, desdichados..., y que estrujaba el bolsillo a quienes podían pagar el chantaje. ¿Cómo podía haber pensado que era factible aquel amor por computadora?

Los mató a los dos. No les dejó decir nada. Le pareció que la muchacha tuvo tiempo de iniciar una palabra de súplica, pero no quería oírla. Simplemente, los mató. Luego se dio cuenta de lo que había hecho, de dónde la había llevado aquel odio profundo y súbito, y pensó en avisar a la Policía... Pero no. Si tal hacía, ella tendría que responder de dos muertes.

Así que se dedicó a pensar. ¿Por qué tenía que pagar ella por haber matado a dos seres despreciables? Lo que tenía que hacer era organizar su venganza de tal modo que la Sweet Marriage Agency fuese descubierta, aniquilada, pero que pareciese en todo momento, al saberse la verdad final, que Sidney y la muchacha se habían marchado con su dinero, lejos de Estados Unidos. Pero eso no podía hacerlo ella sola, claro que no. Lo que sí podía hacer era exacerbar la furia investigadora del detective que decidió contratar, Trevor North. Sí, había que enfurecerle, ponerlo rabiosamente tras la Sweet Marriage, que no se tomase aquel caso a la ligera... Por eso, la noche anterior, le había esperado frente al edificio donde tenía su apartamento y le había disparado con el revólver, escapando luego a pie hasta donde había dejado su coche. Y por eso, aquella mañana se había apostado cerca de la Sweet Marriage, a ver qué ocurría, y, si era necesario, volver a disparar contra North, enfurecerlo hasta que machacase a la agencia...

Vivien sacudió la cabeza, volvió a la realidad, a la actualidad. Bien, ya tenía los cadáveres en el coche, había llegado el momento de llevarlos al lugar que había elegido para hacerlos desaparecer. Luego, todo habría terminado.

Abrió la puerta del garaje.

No le reconoció enseguida, la desconcertó aquella cosa blanca que llevaba en la cabeza, en la frente. Pero la voz sí la reconoció enseguida. La voz de Trevor North:

—En realidad, señora Ransom, no la he llamado desde Nueva York, sino de un teléfono muy cerca de su casa. Acto seguido, he venido a toda prisa... dispuesto a ayudarla en lo que haga falta. ¿Va usted a alguna parte?

Vivien Ransom movió los labios, pero no habló, no pudo pronunciar una sola palabra. Junto a North apareció una mujer alta, de largos cabellos negros. Era casi tan fea como el detective, pero tenía... algo 5

especial en sus ojos, en su boca jugosa, en su frente serena. Trevor North se acercó a Vivien, le quitó de la mano las llaves del coche, y fue a abrir el maletero. Lo hizo, miró su interior, y bajó de nuevo la

tapa.

Luego, regresó junto a la muchacha, y dijo:

—¿Ves cómo ha valido la pena alquilar un coche y venir aquí por mucho que luego se cabree el bueno de Joe Mildford?

—Dios mío —susurró Janice—. ¿Cómo se te pudo ocurrir que esta mujer había hecho una cosa así?

—Pensando —masculló North—. Forma parte de mi trabajo.

FINAL

—¡Gugu-gugu-gugu...! —dijo Trevor North, haciendo tonterías con las manos y los ojos—. ¡Hey, mirad cómo se fija en mis manos! ¡Me está mirando!

—No te está mirando —dijo Janice, sentada junto a la cama en la que Anne daba de mamar a la niña—.

Sólo está mamando.

—¡Te digo que me está mirando!

—Razona, querido —dijo suavemente Janice—: la niña todavía no puede «mirar», pero si lo hiciera..., ¿a quién miraría, sino a su madre, o quizá a su padre? ¿De dónde sacas que iba a tener tan mal gusto como para mirarte a ti?

North, detective privado, reflexionó unos segundos, y no tuvo más remedio que admitir:

—Es cierto. No creo que hayan muchas mujeres en el mundo que tengan el mal gusto de mirarme a mí.

—Pues a mí me gusta mirarte —dijo Anne, sonriendo.

—Ya somos dos —dijo Janice.

Trevor sonrió maliciosamente y miró a Jerry Merck, que permanecía de pie junto a la cama, mirando a su hijita.

—¿Y a ti, Jerry? ¿Te gusta mirarme? ¿O prefieres mirar a tu hija y a tu futura mujer?

—Váyase al cuerno —masculló él atractivo Jerry—. Pero, gracias.

—Es un chico listo —dijo con gran entusiasmo North—. Si no fuese listo no Habría comprendido lo hijoputa que estaba siendo con esta preciosidad de criatura que le ha dado un bebé precioso, precioso, precioso... Por cierto, Jerry: ¿vas a invitarme a la boda?

—Claro —masculló el muchacho.

—Hombre, muchas gracias. ¿Te he dicho ya que Anne tiene unos pechos preciosos?

—¡Oh, Trevor, no lo provoques! —exclamó Anne, riendo—. ¿Cómo está lo de tu licencia?

—Ah, no sé. Pero me han felicitado, así que a lo mejor no pasa nada. Y si me la retiran unos meses, mejor: Janice y yo nos iremos a escribir novelas policíacas a Miami durante tres o seis meses. ¿Os he dicho ya que es mi novia? ¡Hey! ¡Os digo que me está mirando! ¡Gugu-gugu-gugu...! ¡Qué preciosidad de criatura!

¡Gugu-gugu-gugu...!

FIN

5